

LA MONEDA FALSA



Máximo Gorki

Máximo Gorki

La moneda falsa

bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-875-5

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Personajes

Yacoliev, relojero
Polina, su mujer
Natalia, su hija (del primer matrimonio)
Claudia, su sobrina
Baroba, prendera
Dunia, vecina de la casa, amiga de Claudia
Yefimov, viajante en máquinas de coser, marido de Claudia
Kemskoi, juez de instrucción
Glinkin, escribano
Stogov
Lusghin
Ivanov, policía

La acción, en Rusia, en nuestros días.

Acto primero

Amplia estancia, antecámara de una antigua casa señorial. Para agrandarla han derribado una pared que la separaba de la estancia contigua.

A la izquierda, donde antes se hallaba la puerta, hay un hueco para la tienda de relojes. A la derecha, escalera de dos tramos, que conduce a los entresuelos, donde habitan Kemscoi y Natalia. Debajo del hueco de la escalera, puerta que lleva a la habitación de Yacoliev. A la derecha, en el rincón, otra que comunica con el cuarto de Yefimov. Contigua, la puerta de la cocina.

En la pared de la izquierda, segundo término, una ventana grande, que da al patio, y junto a la ventana, una alacena, delante de la que se ve un diván destartado y sucio.

Todo es viejo, deteriorado. La estancia sirve, al par, de comedor y sala.

Es por la mañana temprano. Durante la noche ha habido un incendio en la vecindad; la estancia refleja el desorden, los muebles, revueltos y cambiados de sitio; por todas partes se tropieza con maletas, baúles y cestos desbordando ropas. Las molduras de la ventana están deshechas, y los vidrios, rotos. En el alféizar, un jarrón con flores.

Al levantarse el telón se acaba de tomar el té. En el centro, sobre la gran mesa redonda, el samovar apagado, una tetera, tazas, servilletas, etc.

Está abierta la puerta de la relojería y se ve a Yacoliev arreglar la tienda. Es hombre de sesenta años, tuerto de un ojo, con cara de eunuco. Se halla en mangas de camisa, con chaleco y pantuflas. Representa el tipo, tan ruso, del alcohólico clandestino. Bebe, más que por vicio, por táctica, para animarse en los trances más difíciles. Es sórdido y supersticioso, débil con el fuerte y fuerte con el débil. Astuto y sumiso a las circunstancias, da escape a su rencor en un tic nervioso que le hace temblar y rugir.

Polina, su mujer, que ante un baúl arregla la ropa, tiene hacia treinta años, es bastante agraciada y viste de oscuro. Camina siempre silenciosa, pero leve y ágil. Su aire es grave, casi austero; pero cuando levanta los ojos se advierte que está preocupada y como temerosa de algo.

Natalia, sentada a la mesa, lee periódicos y moja bizcochos en el té.

Por la escalera del entresuelo desciende Claudia.

Claudia: Natalia, bien podías ayudarme.

Natalia: Aguarda un momento En seguida voy. Es que quiero saber cómo han tenido tiempo de escribir tanto.

Claudia: ¿Sobre el incendio?

Natalia: Sobre el incendio, sí. ¡Qué atrocidad! Parece mentira.

Claudia: Bueno, ya lo verás después. Ahora ven y ayúdame. (A Polina). ¿Dónde se pone esto?

Polina: Ahí, junto a Natalia, haz el favor.

Natalia: (Leyendo tras el periódico desdoblado). ¿A qué os dais tanta prisa? No hemos dormido en toda la noche. Estamos muertos.

Claudia: (Subiendo la escalera). ¿Y tú quieres dormir por todos, no?

Natalia: (Mirando en derredor). "Por fortuna, no hay banquetes todos los días - pensaba la gallina, cuando apareció el cocinero para degollarla".

Yacoliev: (Desde la puerta de la tienda). Polina, ¿no has visto el reloj del escaparate, el de mármol?

Polina: Lo he visto; pero entre tus manos...

Natalia: (Leyendo). "Con ímpetu cada vez más furioso, corría el torrente de fuego, reduciendo a cenizas la obra construida por el hombre..." Corría... Torrente... Reducir... ¡Cómo me gustan los párrafos con muchas erres. Lo recortaré para Dunia, que no las puede pronunciar. Diría: toente... eucir...

Yacoliev: (Entrando en escena). La elocuencia no casa bien con la desgracia. Debían emplear un lenguaje más sencillo. Sin embargo, van por las nubes... Polina, ¿y la cajita de clavos?

Polina: No sé.

Yacoliev: Tú nunca sabes nada de nada.

Natalia: ¿Cómo quieres buscarla ahora, estando todo por medio?

Yacoliev: (Saca del bolsillo el reloj y lo mira). Dentro de poco vendrá un hombre. (indeciso, arruga la frente).

Natalia: ¿Un hombre? ¿Aquí? ¿A esta casa? Es posible, papá?

Yacoliev: ¡Ea! Ya estamos con las bromas de siempre. (Entra en la tienda).

Natalia: "El abate desaparece, dejando perpleja a la marquesa". (Toma un trozo de pan, un plato, un cuchillo, abre un pote de mermelada y come. Polina, arrodillada ante un cesto de ropa, la mira fijamente, moviendo los labios).

Claudia: (Desde lo alto). ¡Pero, Natalia, que caen las migajas en el pote... y luego tu padre!...

Natalia: ...le regañará a mi madrastra, como siempre. Querida madrastra, ¿se dignará usted enfadarse una vez?

Polina: (Desentendiéndose). Déjame. Tengo que preparar el almuerzo.

Natalia: ¡Qué vulgar es eso del almuerzo!... Si no almorzáramos, tomaríamos el té con pastas, con bizcochos, con mermelada, con manteca. Sería mejor y más distinguido.

Polina: Y si tu padre...

Natalia: "Aquí mando yo -exclamó alterada la marquesa".

Polina: (Sale con un cesto de ropa). Haz lo que te parezca.

Claudia: Esta mujer está cada día más salvaje; y, sin embargo, tú...

Natalia: ¡Déjame en paz! ¡No me faltaba más sino que tú me predicases!

Claudia: Bueno, ¿y por qué te pones así?

Natalia: Porque estoy rabiosa contra ella. Va de acá para allá, con esa cara lacia... (Imitándola en una mueca). ¡Ah!... Pues, hombre... ¿No es joven y guapa? ¡Que se imponga!

Claudia: ¿Y cómo quieres que se imponga?

Natalia: Imponiéndose. También tú, hormiguita, te has casado con un tipo...

Claudia: (Sonriendo). Pero como me gusta...

Natalia: Sí, sí; ya sabemos quién te gusta...

Polina entra asustada, rápida, con los ojos extraviados, Detrás de ella, en el umbral, aparece Stogov. Es hombre que ha pasado los cuarenta, rasurado, las sienas grises, sin bigote y con el pelo planchado a cepillo. Viste con finura y se comporta y habla con aplomo, seguro de sí, con cierto aire displicente.

Claudia: ¿Qué es esto, Polina?

Polina: (En voz baja). No sé... ¡Natalia, Natalia!...

Natalia: (Abriendo los ojos.). ¿Qué ocurre?... ¿Quién es... ?

Polina: Este señor me preguntó de pronto... (Se dirige a la tienda, tropezando como una ciega).

Stogov: (Cortésmente). ¿Con quién podría hablar para alquilar la habitación?

Natalia: ¿Qué habitación? Aquí no alquilamos...

Stogov: Me habían dicho que el relojero Yacoliev alquilaba un gabinete.

Natalia: No sé nada. Pero yo soy la hija del relojero.

Stogov: Tanto gusto. Pues yo venía...

Natalia: ¿También ha sido usted damnificado en el incendio?

Stogov: ¿Se puede hablar personalmente con el señor Yacoliev?

Natalia: Se puede. Es un ser visible. Usted ¿es forastero?

Asoma a la puerta de la tienda Polina, abatida la cabeza, como si no se atreviese a entrar.

Claudia: Pase usted a la tienda. Está allí.

Stogov: Gracias.

Polina lo deja pasar, replegándose a la pared.

Natalia: Es arrogante. Parece un héroe americano. Me gusta, me gusta...

Claudia: ¡Natalia! ¿Cómo hablas así de un desconocido?

Natalia: Tú, madrastra, ¿estás asustada?

Polina: ¿Yo? ¿Por qué? Es que me duele mucho la cabeza?

Natalia: No, no. Dime la verdad: ¿qué tienes?

Polina: (Como si recordase). Estaba en el patio tendiendo la ropa blanca y de pronto lo vi venir... y me asusté...

Natalia: Un día te vas a asustar de tu propia sombra, madrastrita, Muy bien. "Dejemos el asunto a la posteridad -dijo la condesa, arrojando por un balcón la zapatilla". Esta condesa no ha existido, te lo advierto. Madrastra, enciende el samovar.

Claudia: (Mira sorprendida a Polina). ¿No será demasiado pronto?

Natalia: No me fastidies con tus cosas... Yo lavaré los platos y haré todo cuanto haya

que hacer.

Yacoliev: (Desde la tienda). Natalia, ¿y la llave del gabinete? No la has visto?

Natalia: No.

Stogov está parado en el umbral de la relojería. Claudia y Natalia no lo ven.

Claudia: ¿Sabes, Natalia, que sigo pensando en los monederos falsos? Desde que apareció la banda misteriosa, estoy...

Natalia: ¡Ah, sí! ¿Y qué?

Claudia: Me gustaría trabar conocimiento con un hombre que falsifique monedas de oro.

Natalia: ¡Magnífico!

Claudia: O si no, con alguno que las haga pasar por buenas.

Natalia: ¡Espléndido!

Claudia. (Contrariada, suspirando). Tú siempre igual; echándolo todo a broma. ¿Cómo puedes burlarte de todo, de todo?

Natalia: (Seria). Verás; un pecador, tras de haber estado en el infierno mil novecientos veinte años, le decía a otro: "Después de todo, no hace aquí tanto calor como me habían dicho."

Claudia: Eres inaguantable.

Salen de la relojería Yacoliev y Stogov.

Yacoliev: Polina, la llave del gabinete. ¿Dónde está Polina?

Polina sale de la cocina y sube corriendo la escalera. Natalia mira fijamente a Stogov, que permanece inalterable. Claudia entra y sale, llevando los bultos de ropa.

Yacoliev: Es muy interesante su proyecto. Lo creo un buen negocio. Ahora nos ha entrado la fiebre de los inventos.

Stogov: Pero, técnicamente, estamos muy atrasados con relación a otros países.

Yacoliev: En cambio, somos los primeros en forjar planes. Oh, eso sí.

Stogov: (Iniciando una sonrisa). Los primeros serán los últimos...

Dunia: (Entra presurosa. Es una mujer de veinticinco años, dicharachera y afectada. Mira a Stogov; no pronuncia las erres). Figúate; estaba vistiéndome, cuando estalló el incendio... Fui de las pimeas en salig. Echo a coeg, coe que te coe. ¿Compendes? . .

Natalia: Figúate...

Yacoliev: Entonces, ¿no te pasó nada?

Dunia: El vestido. Un agujero así.

Natalia: A ver; enséñame el agujero.

Dunia: ¡Gaciosa!

Polina: (Desde lo alto). La llave no aparece.

Yacoliev: ¿Cómo que no aparece? Búscala. Claudia: Deja, que yo abriré sin llave.

Yacoliev: (A Stogov) Perdona. Esta casa es el caos.

Lo conduce hacia la puerta de la cocina. Yefimov les sale al encuentro llevando en las manos dos paquetes de libros, como si llevase dos cubos de agua

Dunia: ¡Ha... sido una noche espantosa!

Natalia: ¿Espantosa? ¡Hoíble!

Dunia: Déjame en paz. A ti te gusta bulate de todo y a mí ponunciag como me da la gana.

Yefimov: (Dejando los libros en el suelo y limpiándose el sudor). Para Natalia Ivanofna no hay placer como el de burlarse de la gente.

Natalia: "La filosofía era materia predilecta de Agafia".

Dunia: ¿De cuál Agafia?

Natalia: Una viejecita de que habla León Tolstoi en Ana Karénina.

Yefimov: Para vuestro Tolstoi, hasta el jabón es una obra de arte.

Natalia: Agafia no era Tolstoi, sino Levin.

Yefimov: Da lo mismo. Un escritor serio no debe permitirse bromas. Y mucho menos, con sus héroes.

Dunia: Natalia, ¿quién es ese señog?

Natalia: (Dejando caer una taza). ¡Jesús..., otra desgracia!

Polina: (Bajando la escalera precipitadamente y deteniéndose asustada). ¿Qué desgracia?

Natalia: (Mostrándole la taza rota). ¡Qué difícil es trabajar, Polina!

Yefimov: (Dándole un puntapié a los libros). Mirad, me han pagado la máquina de coser con un diccionario enciclopédico... Digo, y gracias... Que podían no haberme pagado nada, ya que la máquina estaba en el Monte de Piedad. ¡Cosas de Rusia! Esto ocurre en otro país y... van a la cárcel. Pero, entre nosotros... (Se abre de brazos desolado y entra en su habitación).

Natalia: ¿No has vuelto a encontrarte con el de la verruga?

Polina: ¿Y dónde? ¿Voy yo a alguna parte? ¡Si no salgo más que a la iglesia!

Dunia: (Sigue a Yefimov). Todo hombre interesante va a la iglesia.

Polina: (Va y viene por la estancia, repasando varios objetos). Yo no me he fijado. Además, que sería inútil.

Natalia: ¿Qué estás murmurando?

Baroba: (Entra con un cesto en la mano. Es una mujer cuarentona, robusta, desenvuelta; habla con un tonillo especial, como si cantase). Buenos días... y buena suerte a todos... ¡Qué espanto, qué horror, qué ruina de incendio! Me he pasado la noche de un lado para otro, como un tonto de circo. Ni sé dónde estoy... Es la tercera vez que el Señor nos castiga con un incendio..., y nadie escarmienta. Cada día lo ofendemos más... Nuestros pecados crecen, crecen, como la mala hierba... ¿Queréis que os ayude a arreglar la ropa? Supongo que estaréis rendidas...

Polina, arreglando la ropa, mira frecuentemente por la ventana que da al patio y escucha.

Natalia: (A Baroba). Así se hace. Ayúdanos, mujer... Yo estoy muerta...

Baroba: ¿Sabes a quién he visto? A tu prometido... Hace un momento.

Natalia: (Indiferente). ¿Sí? ¿Dónde?

Baroba: Viene para acá, con el juez.

Natalia recoge tazas y platos y se los lleva a la cocina.

Baroba: (A Polina). Hay que decir que Dios nos protege. El fuego se extinguió dos casas más arriba de ésta. ¡Jesús!

Polina: (Con voz sorda). ¡Ojalá hubiese ardido ésta también!

Baroba: ¿Por qué dices eso? Las casas no tienen la culpa; son los hombres; es nuestra estupidez, nuestra idiotez... Eso sí; esta casa es muy incómoda. No sé por qué Natalia no había de convencer a su padrino para que le regalase esta antigualla. Porque, dígame lo que se diga, estáis viviendo a merced de ese hombre. Y como es así, hoy os baila el agua; pero mañana os planta en la calle. Natalia debería vender esta casa. Yo le buscaría comprador.

Glinkin sale de la tienda. Es un guapo mozo, de veinticinco años, de aire arrogante. Parece algo borracho o recién salido de la borrachera. Viste un gabancillo de piel, botas de cazador y gorra con escarapela. Trae una cartera en las manos.

Baroba: Mis respetos, noble señor... Oye... ¿por qué te has puesto de gran gala?

Glinkin: ¿A ti qué te importa? ¿Y Yacoliev?

Baroba: ¡Hijo, qué atrocidad! ¡Vaya un ceño!

Polina: (A Glinkin). ¿No quiere usted saludarme?

Glinkin: Perdón... He preguntado dónde está Yacoliev.

Baroba: ¿A quién se lo has preguntado?

Glinkin: A quien sea. Lo mismo da.

Baroba: (A Polina). ¿Dónde pongo esto?

Polina: Trae acá. Es para allá arriba. (Se va).

Glinkin: (Gruñéndole detrás). ¡Anda, sardina ahumada!.. ¿Y tú, Barobita, cómo estás?

Baroba: Como siempre. Tirando. La clientela no es grande; pero siempre de buen humor... Oye, tú... ¿Cuándo me pagas ese pico?

Glinkin: (Dando vueltas en torno a la mesa). Un día de éstos... (Se mete dos dedos en el bolsillo del chaleco, como para sacar el reloj. El reloj no está allí. Mira de soslayo al bolsillo, hace una mueca burlona y tararea el aria de Fausto: "Dio dell' or; del mondo signor...").

Baroba: (Observándole sonriente). ¿Pero no te acuerdas que me diste el reloj en prenda del préstamo?

Glinkin: Me acuerdo; pero no me acuerdo.

Baroba: ¿Y cuándo es la boda, excelencia?

Glinkin: ¿A ti qué te importa? La familia es un sagrado oasis en el desierto de la vida, y

nadie debe penetrar en el santuario de Himeneo. Ya sé. Para ti y para cuantos son como tú, el matrimonio es un espectáculo de baratillo; para mí, en cambio, es una función de gala en un teatro oficial. ¿Comprendes? No, naturalmente. (Mira al techo, silbando).

Natalia: (Entra haciendo una reverencia exagerada). Vizconde...

Glinkin: Buenos días, ¿Y su padre de usted?

Natalia: Está con un señor, alquilándole un gabinete en el ala izquierda de la casa.

Glinkin. Pero. ¿se puede vivir en un ala?. ¿Adónde va usted?

Natalia: A la compra para el almuerzo.

Glinkin: Paseo utilísimo. No olvide traer aguardiente.

Natalia: Conozco sus gustos, vizconde.

Stogov: (Entrando). El hombre debe tener amo. Hombre sin amo, hombre perdido.

Yacoliev: (Siguiéndole muy contento). Y el amo, reinar sobre todos. ¡Muy bien!... Da gusto oír juicios tan razonables en estos tiempos de anarquía y locura... ¡Muy bien! Y ahora, permítame que le presente a mi familia. Mi hija Natalia...

Stogov: (Saludando sin darla la mano). Pedro Basilovich Stogov...

Natalia hace una reverencia, dándose una importancia cómica.

Glinkin: (Dándose también importancia). Esteban Tikonof Glinkin, jurisconsulto.

Natalia: Bueno... jurisconsulto. ¡Escribano!

Glinkin: (Mirándola con rabia). Secretario particular del juez de instrucción Kemscoi...

Yacoliev: Ana Baroba, que comercia en antigüedades...

Baroba: Justo; comercio... Compró, vendo, alquilo, hipoteco... y, cuando es menester, busco una heredera guapa y rica...

Stogov: ¿Produce mucho el comercio de antigüedades?

Glinkin: ¡Hombre! Todos son embustes... Las antigüedades las inventa ella misma.

Baroba: Un mueble antiguo, para que usted lo sepa, no se inventa; hay que hacerlo. Y no puede hacerse sin documentación, sin fantasía.

Yacoliev: (A Stogov, mostrando a Polina). Mi mujer.. (Polina retrocede, ocultando la mano atrás).

Stogov: (La hace una inclinación). ¿Me permite usted ahora (a Yacoliev) que tome las medidas del gabinete? ¿Tiene usted un metro?

Yacoliev: ¡Polina!

Polina: (Sentándose en la silla). No, no tenemos metro.

Yacoliev: ¿Cómo que no tenemos?

Natalia: El metro está en mi cuarto. (Polina no se mueve).

Yacoliev: (A Polina) ¿Has oído?

Natalia: Yo lo traeré. (Se va).

Yacoliev: (A su mujer). ¿Qué tienes?

Polina: (En voz baja). Estoy cansada.

Yacoliev: ¡Bah! Todos estamos cansados.

Natalia: (Con el metro, a Stogov). Aquí tiene usted el metro.

Stogov: Gracias. Yacoliev. ¿Quiere usted que le ayude?

Stogov: No, no se moleste. Lo haré yo solo. (Sale).

Yacoliev: Me parece un buen inquilino. Y con recursos... con recursos.

Natalia: "Abate, ya lo hemos oído". (Va a la tienda).

Yacoliev: (A Polina). Tú, ¿qué haces ahí acurrucada como una gallina? Pronto... a arreglar la casa... ¡Vivo!... (Polina se levanta).

Glinkin: (Irónico). Bonito modo de tratar a una mujer.

Yacoliev: ¿Y es usted quien habla, Tikon? Vaya, me voy, porque si no... (Va a la tienda, rabioso y gruñendo).

Glinkin: (Buscando por la estancia). Ni un solo espejo... No hay modo de saber si se existe o no. (Sube la escalera).

Baroba: (Cuando desaparece Glinkin). Vaya un tramposo, sinvergüenza. ¡Eh, Polina! Oye, pero ¿qué tienes hoy? ¿Qué pasa?

Polina: (Yendo a la cocina). ¿Dónde está Claudia?

Baroba: Salió a comprar naftalina. (Aproximándose a la ventana, hace señas; luego se vuelve).

Stogov: (En la ventana). ¿Qué quieres?

Baroba: ¿Se arregló el asunto?

Stogov: Sí. He alquilado el gabinete... ¿Qué especie de idiota es el yerno?

Baroba: ¿Ese? Lo tengo aquí. (Cerrando el puño).

Stogov: ¿No hay nadie?

Baroba: No. ¿Le llamo?

Stogov: Sí. Pero date prisa.

Baroba va a la cocina mirando a hurtadillas la tienda. Stogov entra por la puerta del patio y casi al mismo tiempo sale de la cocina Polina. Lo mira asustada. Él sonríe.

Pollina: (Con voz apenas perceptible). ¿Por qué has venido? ¿Por qué?

Stogov: (Habla bajo, con leve sonrisa. Es difícil saber si lo hace en serio o en broma). Te dije que no podía olvidarte y que te tenía que encontrar... Y te he encontrado.

Polina: Vete... Te lo suplico. . Vete...

Stogov: (Sonriendo). Dejémonos de fingimientos, Polina...

Polina: ¿Qué pretendes? ¿Qué eres para mí?

Stogov: (Siempre sonriendo). Soy tu destino, tu señor, tu amante.

Polina: No te conozco. No quiero.

Stogov: Soy tu destino... Eres mía (Se le acerca hablando confidencialmente). En mí hay algo que se parece a una conciencia, Polina.

Polina: ¡No!

Stogov: Sí. . Algo... Acaso viene del insomnio. Acaso del hastío... En suma, que te necesito y vengo por ti...

Polina: No... No te atreves... No puedes... Por causa tuya estuve en la cárcel, abandonada, deshonrada... ¡Por causa tuya!

Stogov: Pero ¿no te absolvieron?

Polina: Calla...

Stogov: Pero si lo sabe todo el mundo. ¿Por qué callar? Yo sé que el niño nació muerto, porque me lo dijo la partera. Pero murió antes de que ella declarase... Y yo, como sabes... Por lo demás, no necesito justificarme. Ni quiero.

Polina: ¿A qué has venido? ¿A qué?

Stogov: Yo he dicho: a llevarte conmigo.

Pollina: Estoy casada. Mi marido tuvo piedad de mí entonces, en el tribunal, viéndome en el banquillo.

Stogov: A veces trae cuenta ser piadoso.

Polina: Hace cuatro años que vivo.

Stogov: ¿Vives?... ¿Te parece esta vida?

Polina: No seas cínico.

Stogov: Vaya, vaya... Dejémonos de historias...

Polina: Te lo ruego, te lo suplico, en nombre de Dios... Vete. ¿Qué puedo hacer yo, Dios mío? ¿Qué puedo hacer?

Stogov: (Cejijunto, sereno). No se escapa al propio destino.

Polina: (Apoyada en la puerta). Pero ¿quién eres tú? ¿Qué eres? ¿Con qué derecho?

Stogov: Polina, varias veces te he visto rezando en la iglesia. A tu edad se reza así sólo cuando se desea pecar y no se tiene ánimo. He tenido miedo de ti... ¿Comprendes? Miedo.

Polina: No es cierto... Mientes... (Suplicante). Vete. Te lo suplico...

Stogov: (iniciando una sonrisa). Pecas de pensamiento. Yo sé que deseas pecar, que lo esperas...

Polina: No, no es verdad... No quiero... No es verdad.

Stogov: Ea, acabemos... No puedes engañarme, Polina. (Casi con admiración). Eres una mujer fuerte... Una verdadera mujer. ¿Cómo pareces tan humilde, tú que has sido tan orgullosa? No te reconozco... Me maravillo. Sin embargo, lo que tú llamas pecado no es pecado, sino deber. ¿Comprendes? Deber... Antes bien sabías que eso era tu deber, tu gloria. ¿Lo sabías? No es posible que una mujer como tú... ¡No finjas!... (Habla en voz alta, como un hombre atareado). Entonces, señora, enviaré inmediatamente al carpintero. (En voz baja). Respóndeme: "Bien. Adiós".

Polina: Bien... Adiós...

De la tienda sale Kemscoi, un hombre de sesenta años, muy cuidado, un poco huraño, con una mueca inmóvil en la cara. Viste un amplio gabán y tiene en la cabeza un birrete de juez. Trae en las manos un par de patos.

Kemscoi: ¿El señor, quién es?

Stogov: Un inquilino. He alquilado el gabinete de allá.

Kemscoi: ¿Ah, sí?... ¿Casado?

Stogov: Soltero.

Kemscoi: ¿Por qué?

Stogov: ¡Caray!... Es más cómodo ¡y más barato!

Kemskoi: ¡Hum!... Quizá tenga usted razón... Polina, ¿y Glinkin, está?

Polina: (Volviendo a entrar). Sí.

Kemskoi: Me dejó y se fue sin decir nada. Le digo: "Toma esos dos patos y llévaselos a Natalia". Y va y se me escabulle... (Sentándose a la mesa, a Stogov). De modo que ha alquilado usted el gabinete... ¡Hum, hum! ¿Y usted qué es? ¿En qué se ocupa? ¿De qué vive?

Stogov: (Sin prisa, encaminándose a la puerta de la tienda). Estoy acabando un invento...

Kemskoi: ¿Un invento? A ver, a ver... ¿De qué es ese invento? ¿Para qué? ¿Cómo es? ¿Cuánto tiempo lleva inventando?

Stogov: Se trata simplemente de una liga.

Kemskoi: ¿Cómo, cómo? ¿Una liga?... ¿De qué clase?

Stogov: Una liga... de metales.

Kemskoi: No comprendo.

Stogov: Hasta después. (Sale).

Kemskoi: Polina, ¿quién es este tipo?

Polina: (En voz baja). No sé... No sé...

Kemskoi: (Rabioso). Pero, bueno. ¿Quién es toda esta gente que viene aquí? Oye, Polina. ¿Se asustó mucho Natalia cuando el incendio?

Polina: Hombre, no es ya ninguna niña...

Kemskoi: Prepara bien estos animales. Ya sabes: un asado con vino y zanahorias... Ayúdame a desatarlo.

Baroba: (Llega de la cocina). Deje, que yo le ayudaré... Tú, andando, a la cocina, Polina Petrovna.

Kemskoi: ¿Estas ahí, vulpeja?

Baroba: La desgracia nos reúne a todos en montón, señor juez.

Kemskoi: ¿También se ha quemado tu casa, eh?

Baroba: No, señor... Dios me libró en su santa voluntad.

Kemskoi: ¿De qué desgracia hablas entonces? No comprendo. Tú, tú misma eres la desgracia en persona. (Satisfecho del chiste, ríe). Dondequiera que vas, llevas la inquietud, el temor...

Baroba: ¡Señor juez! Pero, ¿qué está usted diciendo? No hago más que bien a todo el mundo, y me sale con ésas... A propósito, ¿va usted a cumplir lo prometido?

Kemskoi. ¿Yo he prometido? ¿Qué? ¿A quién?

Baroba: A mí. Venderme los candelabros.

Kemskoi: (Hace con las manos señas de que le enfada Baroba). Déjame en paz. ¡Los candelabros! (Pausa breve). Son magníficos, ¿eh? Valdrán... valdrán... Bueno, que no los vendo.

Baroba: ¿Y el reloj de la chimenea?

Kemskoi: (Severo). He dicho que me dejes en paz... Vete...

Baroba se aleja, poniéndose en un rincón ante un cesto de ropa, de modo que apenas se la ve.

Yacoliev: (Entrando). Buenos días.

Kemskoi: Hola, compadre, buenos días... Pero, oye... ¿Qué clase de gente son todos estos inquilinos? No estoy contento... Me disgusta...

Yacoliev: (Abriendo los brazos). ¿Y qué quiere usted que yo le haga? Tampoco me gustan a mí... Pero hay que vivir... Hay que comer... Hay que vestirse...

Kemskoi: (Cortándole el paso). Vamos por partes, Yacoliev. Yo le doy la casa a Natalia... y tú la conviertes en una hostería. Huéspedes, inquilinos... No veo claro en este asunto... Después de todo, la casa es mía. ¡Sí!... Vengo acá y me encuentro de pronto un nuevo inquilino... Un hombre que... ¿Y el tal Yefimov?... ¿Y los otros?... Hay que tener más cuidado, Yacoliev.

Yacoliev: (Excitado). Pero usted póngase en mi lugar, ¡caramba!... La calle es de poco tránsito; no hay tráfico; la tienda va mal... En la otra, de la plaza Pushkin, daba gusto... Este que entra y te encarga un reloj de pulsera para su amiguita... El otro que se lleva uno de pared, para su oficina... Pero ¿aquí? Aquí, ni un encargo... Ni un alma... ¿Quién quiere usted que venga aquí? He perdido la clientela, no gano un kopek, no hago más que gastar y gastar.

Kemskoi: Eso no es cuenta mía... Tú verás... Yo he hecho lo que he podido. He abierto esa puerta para tu tienda... He revocado la fachada. Pero... convertir esto en una hostería, ¡no!... Yefimov y toda esa tropa me disgustan... Soy ya viejo, compadre.

Yacoliev: (Con voz sorda, moviendo nerviosamente los dedos). Tampoco estoy yo en la

primera juventud.

Kemskoi: Muy bien... Pero... Voy a mi cuarto... Que me lleven agua para lavarme.

Yacoliev: (Mirando a la tienda). Ahí viene Ivanov.

Kemskoi: (Desde la escalera). Vendrá a preguntar por el escribano.

Yacoliev: (Hace un gesto amenazador, levantando el puño tras Kemskoi). (A Baroba).
¿Has oído? ¿Qué te parece?

Baroba: Paciencia. ¿Qué has de hacer? (Suspira).

Yacoliev: (Yendo a la cocina). ¡Tener que vivir así!... Anda, llévale el agua...

Baroba: Voy.

Ivanov: (Un policía desenvuelto, alegre, atildado). Eh, Barobita... Aguarda un segundo.

Baroba: (En la puerta de la cocina, guiñándole para que mire a la escalera). ¡Chuuú!

Ivanov: ¿Quién es?

Baroba: Kemskoi.

Ivanov: ¿Qué haces tú aquí?

Baroba: Ayudo a arreglar la casa...

Ivanov: Oye... ¿Adónde ha ido tu huésped?

Baroba: Si vieras... ¡Señor, qué memoria!... Adónde me dijo?...

Ivanov: ¿A Smorgonin?

Baroba: ¡Qué! Era un hombre muy diferente... Era... Era...

Ivanov: Estás muy bien en tu papel de encubridora.

Baroba: ¿Qué dices? ¿Yo... ?

Ivanov: No tendré más remedio que atraparte otra vez...

Baroba: ¿A mí?

Ivanov: Es claro... No escarmientas. Sigues encubriendo ladrones, comprando objetos robados...

Baroba: Compró de todo. Si me venden un elefante, compro el elefante... De eso vivo...

Ivanov: Bueno, mira. Es preciso que entregues esta carta. (Le da un sobre). ¿Sabes a quién?

Baroba: Sí, hombre. A Claudia...

Ivanov: No, no... Nada de Claudia. Es una carta para Dunia...

Baroba: ¡Ah, vamos! Ahora es Dunia. Entendido. ¡Para despistar!...

Ivanov: Como me arregles este asunto...

Kemskoi: (Desde lo alto). ¿Y mi agua?

Baroba: En seguida. (Corre por ella).

Ivanov: Oye, búscame al escribano, que tenemos que hablar. (Va a la ventana, saca una carta del bolsillo y la lee sonriendo. Yefimov lo observa desde la puerta. Del cuarto de Natalia sale Glinkin, ve al policía, hace una mueca y quiere huir. Ivanov se vuelve y oculta la carta). Tenga estos dos paquetes.

Glinkin: (Se acerca, coge los paquetes y los toma el peso en la mano). Y esto ¿qué es?

Ivanov: No sé. Yo debo entregarlos y usted recibirlos y firmar.

Glinkin: Le ruego no me dé lecciones sobre lo que he de hacer. Lo sé de sobra.

Ivanov: ¡Ah! ¡Perdón!

Glinkin: Sí. (Firmando en el libro). Puede usted retirarse.

Ivanov: Gracias por el permiso.

Glinkin: ¿Cómo?...

Ivanov: Que voy a presentar otra denuncia contra usted.

Glinkin: ¿Otra? ¿Y por qué?

Ivanov: Por escándalo público.

Glinkin: No fue escándalo, sino protesta contra el predominio de los extranjeros.

Ivanov: (Sorprendido). ¿Extranjero Iván Luckit Koznov?

Glinkin: Sé de dónde es, mejor que usted.

Ivanov: Usted es un hombre muy perspicaz... Ya lo creo.

Yefimov: (Entra con un brazo en cabestrillo). Bueno va. Yo creía que llegaba tarde al almuerzo, y resulta... ¡Por Sodoma y Gomorra!

Ivanov: ¿Qué tiene usted?

Yefimov: Que me he cortado.

Ivanov: (A Yefimov). Esta noche nos veremos en "El Oso Blanco".

Yefimov: (Mostrando la mano). ¿Cómo quiere usted que yo juegue así?

Ivanov: Hasta la vista, nobilísimo señor Glinkin. (A Yefimov). Entonces, hasta la noche, en "El Oso Blanco", señor Jeremías.

Yefimov: Jeremías... Es difícil estar alegre cuando se llama uno Yefimov.

Ivanov: ¿Y yo, que me llamo Ivanov?... Pues no me importa. Me da igual... (Glinkin se encoge de hombros).

Natalia: (Con la cesta de la compra, aparece en la tienda). Buenos días, Sherlock Holmes...

Ivanov: (Golpeando con los zapatos). Permítame que la ayude.

Natalia: No se moleste. En casa hay muchos caballeros... ¿A qué viene usted?

Ivanov: He traído unas cartas. Y ahora voy con su vecino. ¡Hasta luego!

Glinkin: Me asombra que tenga usted tanta confianza con un policía...

Natalia: Por mis venas corre sangre plebeya. ¿Está aquí el padrino? (Se dirige a la escalera, sube un tramo y dice a Glinka). Dígale a mi madrastra que puede ir poniendo la mesa.

Glinkin: (A Yefimov). Yefimov, vaya usted a decírselo a Polina...

Yefimov: (Ofendido). ¡Alto, alto, señor mío! ¡No tantas órdenes! Yo soy el hombre de las sorpresas. Nadie sabe de lo que me siento capaz.

Glinkin: Yo no doy órdenes. ¡Qué fastidio de vida! Y pensar que, a pesar del incendio sigue uno tan aburrido como antes!...

Yefimov: (Triste y pacífico). ¡Digo! ¡Y se queja usted!... Usted, con un apellido ilustre: Glinkin. Recuerda a Glinka y la ópera La vida por el zar. Si se llamara usted Yefimov...

Glinkin: (Con dignidad). Mi apellido es de origen francés: De Gliken. Mi abuelo era gentilhombre de Luis XVIII: Glinkin no es más que una adaptación al ruso, un rusofismo; mejor dicho, un rusismo.

Yefimov: ¡Qué más da!... De todos modos, es un apellido ilustre. Pero llamándose Yefimov, ¿qué hace uno? ¿Puede usted imaginar un monumento a Yefimov? Si lo erigiesen en una plaza pública, nadie pasaría por allí...

Baroba: (Viene de la cocina). ¿Vino Natalia?

Glinkin: (Señalando la cesta). Fíjate.

Yefimov: Barobita, ¿has visto a mi mujer?

Baroba: (Arrimando sillas a la mesa). Por el patio anda. No se pueden ustedes imaginar cuánto atormenta Yacoliev a Polina. ¡Dan ganas de... !

Yefimov: (A la ventana). ¿Qué haces ahí? ¿Con quién estabas?

Baroba: ¡Y dale!... Y machaca: "Que si te saqué del arroyo... Que si te libré de la justicia... Que si esto, que si lo otro..." ¡Naturalmente!... Como que el gusto es mucho y el gasto poco. ¡Porque lo que la dé ese borracho de los demonios!...

Yefimov se precipita en la cocina.

Glinkin: (Viéndolo ir). ¿Pues no está celoso ese idiota?

Baroba: Amor sin celos es como pan sin sal...

Glinkin: (Siguiendo a Yefimov a la cocina). Barobita... A ver si almorzamos... Mete prisa, que tengo un hambre...

Baroba: Aguarda un poco, cabeza de chorlito.

Polina: (Con platos). ¡Dios mío, pero todavía está esto así!... Todo manga por hombro...

Baroba: ¿Y quién ha de arreglarlo sino tú?

Polina: (Abriendo paquetes). ¿Tú crees en el Destino?

Baroba: Naturalmente. ¿Cómo no?

Polina: ¿Y en Dios, crees?

Baroba: Naturalmente. Pero ¡qué preguntas me haces!

Polina: ¿Y quién es más fuerte, Dios o el Destino?

Baroba: ¡Ah, eso sí que no sé! No creo que lo sepa nadie. Menos que todos, tu marido, que te trata como te trata.

Polina: Merecido me lo tendré, Baroba.

Baroba: Vamos, calla. Has pecado como uno y te arrepientes como mil. ¿No hueles a quemado? Sí. ¡Huy, que se me queman los patos! (Corre a la cocina y en el umbral tropieza con Yacoliev).

Yacoliev: ¿Estás ciega?

Baroba: ¡Perdón!

Yacoliev: ¡Bruja! (Entra en la tienda cuando le detiene Polina).

Polina: Aguarda un instante.

Yacoliev: ¿Qué hay?

Polina: Has hecho mal en alquilar el gabinete.

Yacoliev: (Deteniéndose). Pero ¿vas a mezclarte tú?...

Polina: (Con firmeza). Sí.

Yacoliev: (Sorprendido). ¿Qué estás diciendo?

Polina: Que ese sujeto es un mal hombre.

Yacoliev: ¿Y a ti qué te importa?

Polina: (Agitada). Tú eres bueno y lo comprenderás. Yo callo. Callo siempre. Pero si me

decido a hablar, quiere decirse...

Yacoliev: (Serio). Quiere decirse que debo hablar en serio contigo... Y hablaré. (Va de prisa a la tienda). Ahora veremos...

Polina: (Mira en torno, asustada, y dice entre dientes). Bueno, pues sí... ¡Pase lo que pase!...

Claudia: (Entra corriendo del patio, agitada). Polina... Mi marido me ha sorprendido con Ivanov... Oye, corre y dile a Dunia que diga que hablaba con ella por encima de la valla. ¡Corre, por Dios!... Pero ¿qué te pasa? ¿Estás mal?

Polina: (Como delirando). Claudia, dime la verdad... ¿Se puede tener piedad de mí? ¿Se me puede prestar oído? Llevo tres años de callar... y callar... ¡Tres años encerrada dentro de mí misma!

Claudia: (Inquieta). Pero ¿qué dices? ¡Cálmate, mujer!

Polina: (En voz baja, exaltándose). Sí, lo comprendo... He sido muy mala..., muy mala... Pero ¡he sufrido tanto, Claudia! ¡Me han atormentado tanto mis culpas!...

Claudia: ¿Tus culpas? ¿Qué culpas, infeliz?

Polina: Lo que yo digo. ¿Es un delito la desgracia? Yo no soy una perra. Soy una mujer. No se me puede tratar como a una perra. Y, sin embargo, si vieras tú cómo me trata.

Claudia: ¡Pues mándalo al infierno!... Pero, oye, ¿qué debo hacer yo? Mi marido vendrá en seguida... Corre, por Dios, y dile a Dunia...

Polina: Pero ¿por qué?

Claudia: ¡Dios mío, no me entiende! ¿Pero no te he explicado ya que mi marido me sorprendió con Ivanov? Corre y díselo a Dunia...

Polina: No puedo.

Yefimov: (Viene de la tienda; habla subrayando las palabras), ¿Has vuelto a hablar por cima de la valla, no?

Claudia: ¡Vamos, hombre!... ¡Tú sueñas!...

Yefimov: ¿Con quién hablabas?

Polina: (Poniendo los manteles, como un autómatas). Hablaba con Dunia.

Yefimov: (La mira). Lo veremos. Se lo preguntaré a Dunia.

Claudia: Pregúntaselo.

Polina sonrío abstraída.

Yefimov: ¿De qué te sonríes?

Polina: (Casi llorando, melancólica). De mí, te lo aseguro, de mí misma.

Yefimov: ¿Y qué has hallado en ti de ridículo para eso? Porque yo no veo... la verdad...

Claudia: Contigo se ríe una hasta cuando está triste.

Baroba: (Llama desde la cocina). ¡Polina!... ¡Claudia! (Las dos salen).

Glinkin desciende la escalera limpiando una vieja cornucopia llena de polvo, que deja en un escalón.

Yefimov: (Mirándose en la cornucopia, sonrío). Este espejo es una porquería.

Glinkin: (Arreglándose la corbata). Para la gente de esta casa es magnífico.

Yefimov: Una porquería... El hombre debe contemplarse en cristales limpios, pulcros... Y este espejo está lleno de manchas.

Glinkin: ¡Tú sí que eres una mancha!... Un borrón en la historia de la cultura.

Yefimov: ¡Bastante se me da a mí de la cultura! ¡Idiota! (Dirige fieras miradas a Glinkin; toma unas tijeras y comienza a dar golpes en el aire).

En este instante asoma a la puerta de la tienda Lusghin. Es hombre que ha pasado los cuarenta, vestido con modestia, pero con aseo; lleva sombrero duro, derribado sobre la nuca. Trae una cartera bajo el brazo. Se detiene y mira a Yefimov, sonriendo. El aspecto y las miradas son de un hombre anormal.

Yefimov: (Continúa golpeando el aire y gruñendo). ¡Toma! ¡Y tú también, toma!... ¡Para que aprendas a escribir!... ¡Y tú, para que aprendas a leer!...

Lusghin (Avanza un paso). ¿Gimnasia? (Quitándose el sombrero, hace unas muecas de saludo). Buenos días. ¿El relojero?

Yefimov: (Furioso). No ha venido aún.

Lusghin: Tengo que componer un reloj.

Yefimov: ¡Compóngalo!

Lusghin: Mejor dicho, tengo que dar a componer un reloj.

Yefimov: ¡Delo!

Lusghin: Perdón..., ¿a quién?

Yefimov: ¡A quien sea! ¿A mí qué me importa?

Lusghin se le acerca riendo y brincando. Es tan divertido su aspecto, que Yefimov, antes hostil, se detiene ahora y le sonríe. Lusghin ríe más fuerte y arroja la cartera sobre la mesa. Yefimov acaba también por reír.

Yefimov: (Riendo). Pero ¿usted, quién es?

Lusghin: Un hombre. ¿Le parece una cosa ridícula? (Los dos ríen a carcajadas).

Yefimov: ¡Delicioso!... ¿Y que es usted? ¿En qué se ocupa?

Aparece Natalia en la escalera.

Lusghin: Busco herederos para una herencia que se comerá el fisco.

Yefimov: (Poniéndose serio). Una herencia, ¿de quién?

Lusghin: (Tomando confianza). ¡Ah, no puede decirse! Si lo dijera, usted, usted mismo, me saldría diciendo: "El heredero soy yo". Y vendría el lío.

Natalia desciende la escalera y observa a Lusghin con ojos interrogadores. Lusghin le hace un saludo profundo y respetuoso.

Yefimov: Desea componer un reloj. ¿Está tu padre?

Natalia: No sé. (A Lusghin). Oiga: ¿de qué herencia hablaba?

Lusghin: (Galantemente). Interasantísimo. Una herencia fabulosa. Murió el testador y no se conocen herederos. Hace dos años que los busco.

Natalia: ¿De veras?... ¿Son de aquí, de la ciudad?

Lusghin: Parece que sí. Se presume.

Natalia: ¿Seré yo la heredera? ¿Usted qué opina?

Lusghin: ¡Ojalá! Lo celebraría sinceramente. ¡Palabra!

Natalia: Entonces, declárense usted heredera. Siéntese. Haga el favor. Decláreme heredera. ¿A usted, qué más le da uno que otro?

Lusghin: A mí me es lo mismo. (Se sienta sonriendo).

Yefimov: (Siempre risueño). ¡Caramba! ¡Es usted un hombre muy original! ¡Muy original!

Claudia viene de la cocina, arregla la mesa y mira curiosa a Lusghin. Yacoliev entra detrás de ella.

Yefimov: Pero ¿no cierra usted la tienda?

Yacoliev: ¿Para qué? ¿Crees que se le ocurrirá entrar a nadie?

Lusghin: (Levantándose). A mí... Deseo componer un reloj.

Yacoliev: ¿Usted? ¡Ah, bien! Pase por aquí...

Natalia: Vaya, y después arreglaremos lo de la herencia. Pero, de veras, ¿es tan grande?

Lusghin: Intolerablemente grande. (Sigue a Yacoliev, haciendo señas a Natalia. Todos lo contemplan entre irónicos y curiosos).

Claudia: Pero ¿de qué herencia estáis hablando?

Natalia: Es algo raro, rarísimo. Avisa al padrino que está el almuerzo.

Yefimov: (Preocupado). ¿Quiénes podrán ser los herederos..., suponiendo que exista la herencia?

Claudia: (Bajando la escalera aprisa). ¡Vaya un tipo!

Polina viene de la cocina. Luego descienden la escalera Kemscoi, Claudia y Glinkin.

Natalia: Presiento que la heredera voy a ser yo. Podéis, desde luego, felicitarme.

Yefimov: Caramba, ¿y yo?... ¿Por qué no había de ser yo?

Lusghin: (Sale precipitadamente de la tienda, aferra de una mano a Yefimov, le lleva aparte y le pregunta). Dígame: ¿No ha venido un sujeto que se parece a mí?

Yefimov: (Riendo). No.

Lusghin: ¿No?

Telón

Acto Segundo

Es de noche. La estancia, arreglada provisionalmente y aprisa, tiene un aspecto frío, incómodo. Por la puerta abierta de la relojería llega el tic-tac de varios relojes. Un rumor. Es que cierran la puerta. Salen de la tienda Stogov con el pitillo entre los dientes y Yacoliev con unas llaves en la mano. Yacoliev, agitado, inquieto, mira a todos lados y, habla en voz baja.

Yacoliev: Nadie. No hay nadie. Mi mujer está en la novena con mi sobrina. Mi hija, de paseo con el padrino. (Stogov va y viene por la estancia, en silencio). Entonces, ¿qué?

Stogov: (Despreocupado). Eso, tú... Decídete.

Yacoliev: ¡Caramba! ¡Es un asunto peligroso!

Stogov: ¡Peligroso!

Yacoliev: Ahora, que el trabajo es perfecto. ¡Perfecto, no hay duda!

Stogov: ¡Magnífico! Yacoliev: Déjeme verlo otra vez.

Stogov, sin detenerse, arroja una moneda de oro en la mesa.

Stogov: Ahí tienes.

Yacoliev: (Examina la moneda con una lupa. Le tiemblan las manos). ¡Asombroso! El color es oro. (Sonando la moneda). El sonido, oro. ¡O-ro!... En dos sílabas, el bien y el mal... La felicidad o la desdicha... Todo dependerá de... ¿Ve usted? Cuando uno piensa...

Stogov: La vida es un soplo. No vale la pena de pensar.

Yacoliev: (Soñando). Echaría a la calle a ese canalla de Kemskoï... Rompería con ese miserable de Glinkin. ¡Je, je! ¡mi casa sería mi casa!... ¡Mía!... ¡Mía!... ¡Je, je! Ya no sería yo el humilde, el siervo Yacoliev... ¡Je, je!

Stogov: Asegurarías la fortuna de tu hija.

Yacoliev: Sí... ¡Con dinero se pueden asegurar tantas cosas!

Stogov: Tendrías casas, automóviles, criados...

Yacoliev: (Viéndose ya rico). ¡Je, je!... ¡Je, je!... (Transición a la realidad). Sí, pero... engañar a la gente es pecado mortal.

Stogov: (Indiferente). Eso, allá tú... Yo te hago la proposición, pero no aspiro a convencerte.

Yacoliev: Pecado mortal... ¡Mortal!

Stogov: ¡Todos pecan! ¡Y tú quieres ser un santo! Te aburrirás de verte solo.

Yacoliev: (Toma de nuevo la moneda, colocándosela en la palma de la mano. Luego mira fijamente a Stogov). Sí, si... Usted lo toma a broma. Lo que yo no comprendo es cómo ha venido usted a hablarme de un asunto así, sin conocerme.

Stogov: (Deteniéndose, dueño de sí). Con alguien tenía que tratarlo. Alguno había de ser el primero. He visto que eres pobre, que llevas una vida miserable, y, claro, he comenzado por ti.

Yacoliev: ¿Y no tiene usted miedo?

Stogov: ¿De qué?

Yacoliev: (En voz baja). ¿Y si yo lo denunciase a la policía?

Stogov: ¿Denunciarme? ¿Por qué motivo?

Yacoliev: Hace tiempo que andan buscando una banda de monederos falsos.

Stogov: Lo sé. (Casi pegado a Yacoliev ¿Y qué adelantarías con ello? ¿Qué le ibas a decir a la policía? ¿Y si el oro es legítimo, auténtico, oro de ley?

Yacoliev: (Saltando de la silla). ¿Cómo? ¿Cómo?... Pero ¿cómo puede ser eso? Entonces ¿para qué?...

Stogov: (Misterioso), ¡Ah!...

Yacoliev: Pero... si la moneda es buena, ¡entonces...!

Stogov: ¿Entonces, ¿qué?

Yacoliev: (Supersticioso). Que es usted el mismo diablo.

Stogov: No llego a tanto; pero, en fin...

Yacoliev: (Desconfiado). ¿No será usted un agente de policía?

Stogov: (Separándose). Contigo es inútil hablar.

Yacoliev: (Alarmado). Aguarde, aguarde. Óigame. Diga la verdad... ¿Cómo puede hacerse una cosa sin saber la verdad? Porque hay que saber la verdad. (Stogov lo mira interrogante y calla). Además... si Dios no admitiese el pecado, los hombres no pecarían.

¿Es cierto?

Stogov: (Bruscamente). No sé... lo único que sé es una cosa. (De repente). ¿Te acuerdas de Datchenco?

Yacoliev: (Asustado). ¿Yo? Perdón... ¿Qué Datchenco?

Stogov: ¡Caramba, qué mala memoria! Datchenco, el que robó en el Museo de Kiev un monetario antiguo. ¿No te acuerdas? Estaba en casa de la Baroba. Y la Baroba...

Yacoliev: (Confuso, amedrentado, sonríe estúpidamente, restregándose las manos). ¡Ah, ya! Va... Ya... Entonces usted es, realmente... Comprendido. Pero, bueno. ¿Por qué hace usted esto conmigo? Si Datchenco es realmente amigo de usted, debió usted empezar por ahí... ¿Es su amigo? ¿Es usted policía, o no? ¿A qué este juego?...

Stogov: (Encendiendo un pitillo). Hay que poner a prueba a los hombres... Se trata de un asunto muy serio.

Yacoliev: (Aterrado). ¡Bien!... Entonces, esto quiere decir... que me tiene usted en sus manos... Que estoy entre la espada y la pared...

Stogov: Y es curioso ver cómo un hombre, entre la espada y la pared, se retuerce, se pliega... Curiosísimo...

Yacoliev: Yo no me he metido en estas cosas más que una vez...

Stogov: A mí me es igual una que ciento. (Se sienta a la mesa y empuja con el codo la moneda hacia el toco de claridad de la lámpara).

Yacoliev: Me he metido por los demás. Por mi hijo. Hice mal por hacer el bien. Dios es bueno y sabrá perdonarme...

Stogov: Pues claro... ¿Por qué ha de castigarte a ti, cuando perdona a los demás?

Yacoliev: Lo toma usted a broma.

Stogov: Nada de bromas. (Va hacia la cocina).

Yacoliev: (Detrás de él). Permítame... Mientras no pongamos las cosas en claro, ¿cómo he de decidirme?... ¿Quién es usted?... Esto es lo primero. (Sigue hablando con Stogov y ambos desaparecen en la tienda).

Por la escalera descende Glinkin, con unos papeles en la mano. Se acerca a la mesa, deposita los papeles, saca un pitillo y murmura: "¡Gentuza! ¡Canalla!" Sin mirar, busca en la mesa fósforos, ve la moneda de oro, la toma, hace el gesto de colocarse un monóculo, se deja caer en la silla, extiende las piernas, examina otra vez la moneda: "¡Extraordinario! ¡Extraordinario!", y se la guarda en el bolsillo. La saca otra vez, sonríe y vuelve a murmurar: "¡Extraordinario! ¡Fabuloso!" Salen de la cocina Yefimov y Lusghin. Glinkin hace como que se afianza el pitillo y se oculta la moneda en la boca.

Lusghin: (Como si lo provocase). Y los hijos también se apellidarán Yefimov...

Yefimov: No hay necesidad... los hijos no son necesarios.

Lusghin: ¡Caray! Que no son necesarios... ¿Qué sería el mundo sin hijos? ¡Ja, ja!...

Yefimov: Cuando todos mis antepasados, en todas sus vidas, no han sabido distinguirse en nada; cuando no pudieron imponerse ni hacerse notar en la menor cosa, y encima me han hecho un hombre incompleto, por decirlo así, yo, ser racional, protesto contra tanta vacuidad, y no queriendo propagarla, tengo el deber de no procrear hijos...

Glinkin: Parece que está en una asamblea.

Lusghin: ¡Ja, ja, ja! ¡No procrear!... ¡Estupendo!

Glinkin: Realmente, hombres insignificantes hay demasiados.

Yefimov: El hombre, en general, es una cosa inútil.

Lusghin: (Serio). Pero si no hay hijos, ¿para quién ha de ser la herencia? ¿Para quién?

Yacoliev: (Lo mira preocupado). Yo en la herencia creo poco, la verdad. Porque a mí que no me digan... ¿Es posible que no aparezcan los herederos?

Lusghin: Los busco día y noche, durante dos años... Y no aparecen...

Glinkin: No olvide usted que mis antepasados son ingleses: los Glenkwan... Puede ocurrir que alguno de ellos emigrase a América, y allí...

Yacoliev: (Mirándolo de hito en hito). ¡Embustes! ¿Ingleses, franceses? No creo en ellos.

Glinkin: No consiento que me desmientas.

Lusghin: Vamos, señores, vamos...

Glinkin: Y la herencia, ¿es en dinero o en fincas?

Lusghin: En fincas, en fincas... Bueno, también hay en dinero... Pero poco. Ochenta millones. Silencio... Quietos... ¿Quieren ustedes ver la herencia? Aquí está la herencia. (Ríe, describiendo un gran círculo con la mano).

Glinkin: ¡Qué buen humor! ¿Jugamos una partidita?

Yefimov: Pero falta el cuarto.

Glinkin: No importa... Que juegue el que da. Así no descansamos ninguno y es mejor...

Todos con jaqueca.

Mientras hablan, Lusghin, curioso por la estancia, contempla en el espejo su imagen. Esto lo asusta. De un salto atrás, sujetando en el pecho la cartera. Pero insistiendo en la visión, comienza a reír y la amenaza con el puño.

Lusghin: (Viendo que el espejo le devuelve las muecas) ¿No querían el cuarto? Ahí lo tienen.

Glinkin: Poco ingenioso, amigo mío.

Lusghin: (A Glinkin). ¿Usted es persona de fiar?

Glinkin: (Ofendido). Señor mío. Esa pregunta...

Lusghin: (En voz baja). ¿Ha estado aquí un sujeto que se parece a mí?

Glinkin: (Desconcertado). No lo he visto. Pero ¿existe de veras ese sujeto?

Lusghin: (Campechano). Uno hay.

Glinkin: (Insinuando una sonrisa). Es difícil parecerse a usted.

Lusghin: Mucho. Dificilísimo. Pero él lo sabe. ¡Vaya si lo sabe!

Yefimov: (Mirándose en el espejo, mira luego a Lusghin). Continuando la conversación, le diré: "Cada hueva de pez quiere ser pez".

Lusghin: (Muy atento). Me parece justo.

Yefimov: Y quiere ser no un pez cualquiera, sino lubina.

Lusghin: (Extasiado). Justísimo. No tiene más que hacer así. (Corta el aire con la mano).

Yefimov: (Desdeñoso). Son bromas, que sabe todo el mundo.

Lusghin: (Dándole con el codo). ¡Bromas! Entonces, ¿por qué lleva usted una corbata tan extraordinaria? ¿Por qué?

Entran corriendo Dunia y Claudia. Claudia, huyendo del marido, hace una seña a Dunia y la habla al oído. Yefimov mira amenazante a su mujer. Lusghin va a la cocina y se vuelve. Glinkin lo sigue, pero luego se detiene.

Dunia: Buenos días. ¿Cómo anda el cuento de la herencia? (Lusghin ríe),

Yefimov: (A Claudia). ¿Te has divertido mucho en la novena?

Glinkin: Claro. Una novena de largo metraje, ¿eh?

Claudia: Bueno, sí... He estado en el cine. ¿Y qué?

Yefimov: Dijiste que ibas a la iglesia.

Dunia: Y yo me la he llevado al cine... Ya está.

Lusghin, preocupado, mira a todos y se pone a contar con los dedos.

Glinkin: ¿Qué, jugamos la partidita? Dunia, ¿quieres probar fortuna?

Dunia: Hombre, sí... Esgaciada en amoes... Vamos...

Se van todos a la cocina. Claudia toma el samovar y va tras ello. Sale de la cocina Polina Ivanovna.

Claudia: (A Polina). ¿Adónde te has metido? Hace una hora que terminó la novena.

Polina: Fui a dar un paseo.

Claudia: ¿Tú? Eso sí que es la gran novedad.

Polina: ¿Está en casa mi marido?

Claudia: Sí, en la tienda; con el inquilino del gabinete.

Polina atraviesa la escena, se detiene junto a la ventana, de modo que no se te ve.

Claudia va a la alacena y saca la tetera, tazas, azúcar, etc.

Polina. ¿Estás disgustada?

Claudia: Natural. Un marido con cara de vinagre. Estoy hasta la coronilla de todos... Míralos... Van siempre en cuadrilla, como bandoleros. Tú también tienes una cara.

Polina: Me siento mal. Estoy triste.

Claudia: Motivos para estar alegre, ni tú, ni yo, ni nadie en esta casa. Pues, sin embargo, ahí los tienes, divirtiéndose como locos.

Polina: También yo me divertiría... ¡Ojalá!

Claudia: Pues hija, ¿para cuándo lo dejas? ¿Para la vejez? Anda y no seas tonta. Aprovechate. Hazle cara al primero que se presente, tonta.

Polina: ¿Es que para nosotros no existe nada fuera de eso?

Claudia: ¿Fuera de qué? Naturalmente. Fuera del hombre, no existe nada para la

mujer...

Polina: (Para sí). Disimular... Temblar...

Claudia: (Furiosa). Pues no disimules, no tiembles, ea. Plántate de una vez... ¡Digo, y con el marido que tienes! Con ese genio... Y esa pinta. Soy yo, que lo tengo más joven, y me divierto lo que puedo.

Natalia y Kemscoi descienden la escalera sin ver a Polina, que está oculta bajo el hueco.

Kemscoi: ¿Estará pronto el té?

Claudia: En seguida.

Kemscoi: ¿Y si lo sirvieras en el jardín? ¿Eh?

Claudia: ¿Por qué no? (Va a la cocina, de donde salen voces de juego: "¡Arrastro!" "No tengo. "Cuatro triunfos", etc.).

Kemscoi: (Haciendo un gesto de disgusto). Lo dicho. Una taberna indecente. No falta más que el organillo y el canario. Bochornoso. ¡intolerable! Tu madrastra no tiene ni cabeza ni corazón... Nada, nada. Antes no había mujeres así.. Tu madre, por ejemplo... ¡Oh! Tú, Natalia, te pareces mucho a tu madre.

Natalia: Sí, marqués. Me lo ha dicho usted muchas veces. Sé que mi madre era en el físico muy parecida a como soy yo... Pero de otras cualidades no me ha dicho usted nunca nada.

Kemscoi: Tenía mucho talento, ¡mucho!

Natalia: También nos parecemos en eso. Pero, bueno, vamos a ver: ¿por qué quiere usted casarme con Glinkin?

Kemscoi: Te lo he explicado muchas veces. Para que seas noble.

Natalia: ¿Y cree usted que ser noble me quita el sueño? ¡Vamos, hombre!

Kemscoi: Pero ¿sabes? Es preciso dar a la vida elevación, distinción. (Se separa). Pero ¿qué olor es éste? Un olor... ¡sí, claro!, a tabaco, a naipes, a taberna, a casa de vecindad, ¡a demonios!

Natalia: Bueno, no se sofoque y vámonos al jardín a tomar el té y a charlar. Ande, que yo le llevaré el gorro. (Sube por él).

Kemscoi va a la cocina. Polina, en pie ante la ventana, quita las hojas secas del jarrón.

Natalia desciende con el gorro, y Polina, al verla, sale de su escondite y la abraza.

Natalia: ¡Caramba! ¿Qué te ocurre, madrastrita?

Polina: Nada... Que estoy muy triste... No sé...

Natalia: Yo sí lo sé. Me abrazas porque no tienes a quién abrazar más que a mí. Y precisamente porque me abrazas, voy a reñirte.

Polina: (Acariciándola). ¿Ah, sí? ¿Pues qué ocurre?

Natalia: Ocurre que por culpa tuya... Fíjate... Tú me haces pensar en tus cosas, cuando no sirvo ni para pensar en las mías. ¿Sabes por qué te pasa lo que te pasa? Porque no estás contenta de ti misma. (Se separa, echa a andar y se vuelve a Polina). Claro que yo tampoco estoy contenta de mí misma... Hoy, por ejemplo, es una ridiculez; tengo ganas de llorar... ¡Fíjate!... ¡Llorar yo! ¿Qué te parece?

Polina: Que no te entiendo.

Natalia: (Cambiando el tono de improviso). ¿Te gusta Stogov?

Pollina: (Rotundamente). No.

Claudia entra por servilletas y sale mirando a hurtadillas a Polina.

Natalia: (Sorprendida). ¿Que no te gusta?

Polina: (En voz más baja). No.

Natalia: (Escrutándole el semblante). Pues a mí me interesa. Tiene una audacia, un no sé qué... Parece un actor americano. Voy a coquetear con él, madrastrita. (La abraza). ¿De modo que no te gusta?

Polina: No. De veras que no. Pero no debes coquetear con él, créeme.

Natalia: ¿Por qué?

Polina: Porque no.

Natalia: Jesús, cuánto misterio. Bueno, pues mira. ¿Para qué crees que tengo estos ojos? ¿Eh? Pues estos ojos, ¿sabes?, me dicen que ese hombre y tú sois antiguos amigos. ¿Sí o no?

Pollina: (Asustada) ¡Ah, no, no, no! Te equivocas. No, no, no.

Natalia: Mientes. (En voz bajo, confidencial). Fue el primero, ¿no?

Polina: (Retrocediendo). No debes preguntar esas cosas... Y ahora menos.

Natalia: ¿Por qué ahora menos?

Polina: Chist.

Lusghin entra en la cocina y ríe en silencio examinando una moneda de oro. Poco después aparece Yefimov, malhumorado, en el umbral.

Natalia: (Acercándose a Lusghin, da la manta de Kemscoi a Polina). Polina, lleva la manta al padrino. Está en el jardín. (A Lusghin). ¿Por qué me huye usted? ¿Se puede saber? Con la famosa herencia despertó mi curiosidad y ahora me huye. Eso no se hace.

Lusghin juega con la moneda ante los ojos de Natalia. Después cambia el ceño, hace un gesto raro y tararea la canción de la ópera Demonio: "E sarai regina del mondo..."

Natalia: (Riendo). Todo eso está muy bien. Pero vamos a ver: ¿soy o no soy yo la heredera?

Lusghin: Usted es un ángel.

Natalia: De veinticuatro años ¿Y qué?

Lusghin: Usted es una mujer extraordinaria. Se parece mucho a...

Natalia: No me parezco, no... No me parezco absolutamente a nadie.

Lusghin: (Cantando). E sarai regina del mondo... ¡Heredera!

Yefimov: (interviniendo). Permítame ¿Y las pruebas? ¿Dónde están?

Natalia: ¿Qué pruebas?

Yefimov: Las de la herencia. ¿Y si el heredero soy yo?

Natalia. (Tomando del brazo a Lusghin). Vamos al jardín y hablaremos.

Lusghin camina a brincos. Vuelve a Yefimov y le hace guiños amigables. Yefimov permanece impasible.

Glinkin: (Viene al encuentro de Natalia, la mira enojado y dice a Yefimov, por Lusghin). Ese payaso me ha ganado un dineral.

Yefimov: Ya, ya. También yo he perdido. Oiga. ¿Es verdad que a Ibsen le erigieron un monumento en vida? ¿Y por qué? ¿Por haber escrito Casa de muñeca? ¿Esto es, por predicar a las mujeres que se escapen de sus maridos?

Glinkin: (Se detiene ante la mesa, levanta la pantalla y mira). Usted ignora la historia de la humanidad... Las mujeres se escapan siempre de sus maridos.

Yacoliev: (Entra frotándose las manos, seguido, como de una sombra, de Polina). ¿Por qué no te vas al jardín a tomar el té? Allí están Lusghin y Kemscoi... ¡Vaya un par de bromistas! (Saca el reloj, lo mira, hace un gesto de rabia, gruñe). Me ha engañado. No viene. (Amenazando con el puño hacía la ventana). ¡Como yo pueda...!

Polina: (Acercándose). Tengo que hablarte.

Yacoliev: (Estremeciéndose). ¿Por qué me sigues como un perro?

Polina: Porque necesito que hablemos.

Yacoliev: (Mira nuevamente el reloj). Sólo tres minutos.

Polina: (Con amargura). ¿Ni uno más?

Yacoliev: (Mirándola cejijunto). No tengo tiempo. He de irme en seguida.

Polina: Tú eres mi marido.

Yacoliev: (Inquieto). ¿Y qué?

Polina: Tienes que responder por mí.

Yacoliev: (Más inquieto). ¿Responder? ¿Ante quién?

Polina: Ante Dios y ante los hombres.

Yacoliev: (Tranquilizándose). Ante Dios, bien. Pero ante los hombres... ¿Y la policía? (Alarmado súbitamente). ¿Qué has hecho? ¿Algo con la Baroba? Idiota, más que idiota. ¿No te lo tengo dicho que esa mujer es la perdición?

Polina: No he hecho nada con la Baroba ni con nadie. Pero ese inquilino del gabinete...

Yacoliev: (Dando un puñetazo en la mesa). Te guardarás ni de acercarte a él. ¿Me entiendes? Ni de acercarte. Y lo mismo Natalia que tú. Tengo necesidad de ese hombre. Hazte cuentas que no lo has visto. Para ti no existe. (La aferra por los hombros). ¿Me entiendes?

Polina: (Rechazándolo con suavidad). Bueno, sí, lo que quieras...; pero ayúdame en este trance. Yo he vivido sin verme a mí misma, como en una cárcel... Tengo miedo... Yo no puedo ver a ese hombre. ¡No puedo verlo!

Yacoliev: (Estupefacto en su excitación). ¿Qué significa lo que dices?... No entiendo, no entiendo. (Como iluminado por una idea). ¡Ah!... ¿Te habrás enamorado, maldita? Tan de

repente... En ocho días...

Polina: (Enérgica). ¡Qué enamorarme!... No lo quiero, no... Pero dile que se vaya... Que no me perturbe... Que no me atormente... Sería capaz de matar...

Yacoliev: (Espantado). ¿A quién? ¿A mí?

Polina: No, a él... A mí misma... Compréndelo. El ha sido mi primer dolor...

Yacoliev: ¿Tu primer... qué? ¡Ah! (Se hallan frente a frente los dos, separados por la mesa. Yacoliev, apoyándose con ambas manos en el borde, se encara con Polina; sus manos tiemblan de tal modo, que se oye el tintineo del globo de la lámpara). Ha sido tu primer amante... ¡Ahora comprendo! ... Ahora me explico por qué tú... (Se pierde; no sabe qué decir. Los celos seniles luchan en él con la avidez de dinero; al cabo, tras un esfuerzo, se rehace). Tú debes odiarlo... ¡Odiarlo!, ¿entiendes?... ¿Fue él quien te abandonó? ¿Sí?... ¡Habla!

Polina: Lo odio... Lo odio, que me da miedo...

Yacoliev: Aguarda. ¿Qué hace? ¿De qué vive? ¿Es un policía? ¿Sí?... ¿Es un ladrón?

Polina: No sé... Era cajero en una compañía de seguros...

Yacoliev: (Calmándose). ¿Y desfalcó, no? ¿Lo prendieron? ¿Lo procesaron?

Polina: No sé. No sé...

Yacoliev: ¡Un ladrón! ¡Claro! ¡Segurísimo que es un ladrón! ...

Polina: No tengo a nadie más que a ti. Ayúdame

Yacoliev: Ese hombre no se acercaría a ti si tú no le hubieses dado alas... Y tú, mosquita muerta, ¿quieres preparar el terreno para luego poder decir: "Yo lo dije, yo te avisé"? ¿Ah, sí? Pues conmigo no te sirve el truco... Conmigo, no... (Furibundo). ¿Te acuerdas de quién eres? ¿Te acuerdas de dónde te saqué? Te saqué de la cárcel, del fango, ¡perra!

Polina: (Aterrada). ¿Por qué me injurias? Debes ampararme... Dios me ha entregado a ti...

Yacoliev: ¡Deja estar a Dios, perdida! Dios no es un estúpido... El estúpido lo soy yo...

Natalia: (Entrando). ¿No se dejó aquí el padrino la pitillera? (Ninguno de los dos responde). Padre... Hoy nos peleáis sin hablar... por señas... (Va hacia la escalera. También Polina se dispone a irse).

Yacoliev: ¡Quieta! ¿Adónde vas?

Polina: No puedo...

Yacoliev: Déjate de trucos... y procura que no se entere nadie de esto. ¡De lo contrario!... (No sabe qué decir). ¿Entiendes? (Levanta la mano como para golpearla).

Polina: (Retrocede). Dios te perdonará. Pero yo, no. Yo no podría. No podría...

Yacoliev: (Amenazándola con el puño). ¡Calla!

Natalia: (Baja con la pitillera). Estaba en su cuarto. ¿Qué, ha comenzado la disputa de costumbre? ¿Qué pasa hoy que no gritáis?...

Yacoliev: ¡Tú, vete!... ¡Largo!

Natalia: "Temblando de terror, la muchacha desapareció tomo una sombra".

Yacoliev: (Presuroso, saca el reloj, lo mira cejijunto y habla con ira). No me envolverás en tus trucos, no... Quieres descargar sobre mí tus culpas, ¿eh? Decir que caíste porque yo no te amparé a tiempo... ¡Vamos!... Cada palo aguante su vela... Para eso debes tener conciencia y juicio.

Polina: Juicio, no; pero conciencia sí que tengo...

Yacoliev: ¡No hablemos más!...

Polina: (En voz baja). Pero será preciso...

Yacoliev: De sobra sé lo que es preciso. (Sale gruñendo).

Polina: (Va a la ventana, como ciega, arrastrando los pies, vacilante; de repente da un salto atrás). ¡Oh!

Stogov: (A la ventana). ¿Te asustaste? (Penetra en la estancia por la ventana). Pues tranquilízate...

Polina: (Acercándosele). ¿Has redondeado el negocio? ¿Me has comprado... ?

Stogov: Tu marido es un desconfiado; pero además es un imbécil... Grita, ruge, amenaza contra mí, y yo estoy ahí, en la ventana. Oye, ¿y ese Lusghin de la herencia? ¿Y ese Yefimov, que anda siempre espiando a todo el mundo?...

Polina: (A media voz). ¡Te odio! ¡Te aborrezco!

Stogov: ¡Salud! Si ello te sirve de consuelo, ódiame... Pero escucha, Polina: ¿quieres que meta en la cárcel a tu marido? (Polina permanece inmóvil y en silencio. Stogov se sienta a la mesa, volviendo el rostro a la ventana). Te advierto que si no lo encarcelo yo, lo encarcelará otro cualquiera; por ejemplo, ese Lusghin, que me parece un policía.

Polina: ¿Y tú? ¿Qué eres? (Stogov se encoge de hombros y enciende un pitillo). ¡Pensar que has sido un hombre honrado! ¿Lo eres?

Stogov: Sí y no. Más bien no.
Polina: Lo eres... Lo sé...
Stogov: Se comprende que tú prefieras haber sido el amor de un hombre honrado... Naturalmente.
Polina: (Con tímida esperanza). Y acaso queda en ti aún...
Stogov: No queda nada. ¡Nada!
Polina: ¿Por qué hablas así?
Stogov: No es por arrepentirme delante de ti. Entre tú y yo no hay necesidad...
Polina: Entonces, ¿qué quieres? ¿Por qué vienes?
Stogov: Porque soy un idiota... ¿Quieres saber de lo que se trata? Bueno, pues óyelo: yo creí que vivías tranquilamente con Yacoliev, sin amor, pero en paz. Pero llevo aquí dos semanas, y he visto lo que he visto y me das lástima...
Polina: No lo creo.
Stogov: Si no lo crees, allá tú. Pero te advierto que hay motivos más que sobrados para que vayáis todos a la cárcel... ¿No sabes que Yacoliev es un encubridor de ladrones? ¿Que entre él y la Baroba...? ¿No lo sabes? (Polina se sienta y permanece silenciosa, con la cabeza baja). ¿Crees que se casó contigo por piedad? Se casó porque te destinaba a cimbel de sus latrocinios, ¿comprendes?
Polina: (Obsesionada, sin oírle). Tú has dicho que tienes conciencia... Lo has dicho aquí, hace poco.
Stogov: Me equivoqué. (Pasea de un lado a otro).
Polina: Mírame...
Stogov: (Sin mirarla). Con que... ¿quieres que meta preso a tu marido?
Polina: (Sonriendo burlona). ¿Y que yo me vaya contigo, no? ¡Ah, no! ¡Eso, nunca! ¡Nunca!...
Stogov: No he pensado en semejante cosa. (Pausa).
Polina: (Lo observa y dice en voz baja). ¿Qué no has pensado? Entonces, ¿a qué vienes? ¿Qué buscas aquí?
Stogov: No quisiera que tú volvieses a la cárcel...
Polina: (Indignada). ¡Mentira!... Todo eso es mentira... Tú vienes buscando otra cosa...
Stogov: (Alarmado ante los gritos). No grites así... Habla más bajo.
Natalia: (Acompañando a Kemscoi, que viene del jardín muy arropado en su abrigo). Vamos, marqués... No es para tanto... Cada uno tiene su profesión, su oficio... Es buena gente.
Kemscoi: ¡Buena gente! Pero, hombre, ¿quién es ese Yefimov, que vende una máquina de coser cada tres meses? ¿Y ese (Por Stogov) que ha inventado una liga de metales din tener siquiera una retorta de ensayo?
Natalia: Bien, pero es que la vida... (Sigue hablando con Kemscoi, al que acompaña hasta si habitación del entresuelo; al pasar junto a Stogov le dice rápida y en voz baja). Quédese Tenemos que hablar.
Stogov: Obedezco.
Polina: Me es igual todo. No le temo a nada ni a nadie. (Pausa). ¿Oyes?
Stogov: Oigo.
Yefimov: (Entrando). ¿Por qué está esto tan oscuro?
Stogov: Probablemente, porque no hay luz.
Yefimov: Hay que encenderla.
Polina: No hace falta.
Yefimov: (Sentándose a la ventana, iluminado por la luna). Ese idiota de Ivanov corteja a Dunia. Están en el jardín, tan románticos... Él, con sus actitudes de hombre guapo, irresistible... ¡Imbécil! (Nadie le habla). Pero ¿y si esos galanteos a Dunia fuesen por despistar? Oye, tú, Polina, ¿será eso?
Polina: (En voz baja). Sí, es posible... Seguro.
Yefimov: (Suspirando). Lusghin le ha ganado a Glinkin una moneda de oro. Y Glinkin, de dónde la ha sacado?
Stogov: ¿Cinco rublos?
Yefimov: Cinco. ¿Por qué?
Stogov: No es mucho dinero.
Yefimov: Admitamos. No será mucho. Pero ¿de dónde le ha venido a Glinkin una moneda de oro?
Natalia: (Bajando la escalera). Yefimov, vete. Me molestas.
Yefimov: ¿Cómo? Pero ¿qué dices?
Natalia: Que te vayas. Que me molestas. ¿No lo oyes? (Enciende la lámpara)
Yefimov: Me voy, sí... Eres inaguantable. Si no fuera por lo que es... (Sale. Natalia

cierra tras si la puerta de la cocina, luego la ventana, luego la tienda, y mira en torno. Stogov la observa sonriendo irónicamente. Polina se levanta para irse).

Natalia: No, Polina, quédate. Siéntate. Y usted siéntese también, Hipólito. Del apellido no me acuerdo. ¿Cómo es?

Stogov: No hace falta. (Sigue en pie).

Natalia: Habla usted siempre con misterio. Me pone los nervios de punta. Yo necesito saber quién es usted.

Stogov: (Bromeando). Es extraordinario; todo el mundo quiere saber quién soy, menos yo... ¿Por qué quiere saberlo? ¿De qué le puede servir?

Natalia: Acabemos. No es cosa de broma. ¿Quién es usted? ¿Qué hace?

Stogov: Suponga usted que soy un detective, un agente de policía...

Polina: ¡No lo creas!

Natalia: Si no lo creo... Miente usted, respetable señor...

Stogov: ¿Es posible?

Natalia: Sí... ¡Tan posible! Seguro. Usted es un expendedor de moneda falsa. De monedas de oro falsas, ¿verdad? Y quiere usted comprometer a mi padre y a todos nosotros, ¿verdad?

Polina: No es verdad. Eso no es verdad, Natalia. Te aseguro que no.

Natalia: (Brusca). Y lo hace por ti, madrastrita. ¿No ha sido tu primer amor? Dilo...

Polina: Lo ha sido. Pero no lo hace por mí, no... Yo de esto no sé nada ni entiendo nada. Sólo quiero una cosa: irme. (Se levanta para irse).

Natalia: No puede ser. Siéntate.

Stogov: Déjela que se vaya. Mejor.

Natalia: ¿Por qué es mejor?

Stogov: Ya lo verá usted. (A Polina). Vete, Polina. (Polina se va lentamente. Ambos la miran ir en silencio. Luego se contemplan el uno al otro varios instantes)

Natalia. ¿Por qué le mandó usted salir?

Stogov: Porque estoy harto.

Natalia: ¿Harto de qué?

Stogov: (Sin responder, saca el portamonedas y extrae de él cinco monedas de oro, que deposita en la mesa). Ahí tiene usted. Fíjese... Cuatro son buenas y una falsa. ¿Cual es la falsa? A ver si da con ella.

Natalia: No quiero.

Stogov: Pruebe usted.

Natalia: ¿Para qué? Si todas son falsas.

Stogov: Hablo en serio: una sola.

Natalia: (Lo mira recelosa). No comprendo a qué viene todo esto. Le he preguntado a usted quién es, y aún no me ha respondido. (Cejijunta, examina las monedas, las pesa en la palma de la mano. Su espíritu polémico cede poco a poco lugar a una curiosidad inquieta. Está un poco irritada consigo misma, sintiendo haber perdido el tono superior de antes). No sé, no sé...

Stogov: No la encontrará usted, de fijo. Yo mismo necesito algún tiempo. Es una labor portentosa sa... Y la hacen en la ciudad, no lejos de aquí, de esta casa.

Natalia: (Dejando las monedas). Todas buenas o todas falsas... No sé...

Stogov: ¿Ve usted? Unas veces se piensa que todas son buenas, quiero decir que no hay ninguna falsa. Pues fíjese: ésta es la falsa. Para distinguirla le hice una señal con el punzón. Véala.

Natalia: (Tomando la moneda). Bueno sí... ¿Y qué? ¿A qué viene todo esto?

Stogov: Había dos falsas, como ésta. Una se me perdió y cayó en manos de su prometido de usted, a quien se la ganó al juego Lusghin. ¿Sabe usted si Lusghin ha dicho que yo sea monedero falso? ¿Lo ha dicho? ¿Es que tengo yo aspecto de... ?

Natalia: (Suspirando). ¡Ah, eso no; eso no!... Tiene usted porte de persona decente.

Stogov: Impresión errónea, engañosa.

Natalia: O es usted un soberano farsante.

Stogov: He dicho la verdad: soy detective. Doy caza a los monederos falsos con sus propias monedas. Puedo, naturalmente, complicar a un inocente si quiero. Puedo provocar a los sórdidos, como su... Como Yacoliev... Porque supongo que usted sabe que no es su padre... Que su verdadero padre es Kemskoï. ¿No es cierto?

Natalia: (Asiente con la cabeza). ¿Por qué me dice usted todo esto?

Stogov: Usted es muy inteligente.

Natalia: (Lo mira con curiosidad y miedo, como si mirase la sombra de la perversidad encarnada en un traidor del cine). Bien, supongamos que soy inteligente. ¿Y qué más?

Stogov: Que debe usted ayudarme. Estoy un poco... embarullado. Yacoliev se merece

todo lo malo que le ocurra. Pero, ¿y Polina? ¿Y usted? Sería un escándalo. Según parece, también Lusghin es un agente..., si no es un loco... Agentes y ladrones se juntan siempre...

Natalia: (Con voz baja). Siempre, no. ¿Cree usted que lo de la herencia... ?

Stogov: Una estratagema para entrar en la casa y en las codicias.

Natalia: Creo que se engaña usted.

Stogov: Será difícil.

Natalia: (Indignada). Nada de esto es natural. Todo lo que usted dice tiene apariencias de mentira.

Stogov: Esa es la mejor prueba de que digo la verdad. (Señalando las monedas). No encontré us ted la falsa.

Lo mismo acaece con los hombres; el hombre verdadero se distingue del hombre falso sólo imprimiéndole el propio cuño. Pero el propio cuño los desgasta.

Natalia: ¿Qué piensa usted hacer de Polina?

Stogov: Nada. Pensaba... pero ya no pienso. Naturalmente que no quiero verla envuelta en ningún delito. Verá usted: lo que me ha ocurrido en esto es... Yo no adoro a la humanidad. Me ha hecho mucho daño muchas veces. Pero he llegado aquí. He visto a Polina, y... ¡qué sé yo!... Algo despertó en mí... ¿La conciencia? ¿La compasión? ¿Acaso lo que siente usted por esa herencia de Lusghin: la curiosidad?

Natalia: No es nada de eso, no. No crea usted que soy tan niña. Además que usted no es un mal hombre.

Stogov: Entonces no tenga prisa. Ya veremos.

Natalia: (Levantándose). Pero ¿qué podemos hacer?

Stogov: ¿Nosotros? (Sonríe). ¿Usted y yo?

Natalia: Aunque sea así. Usted y yo.

Stogov: Por lo pronto, habrá que ocultar a Polina. Ya buscaremos sitio adecuado.

En cuanto a us ted, tengo mi plan. ¿Vendrá su prometido aquí pronto?

Natalia: Tiene que venir en seguida, con la firma del juzgado.

Stogov: Perfectamente. Voy a dejar aquí una moneda. (La deja en la mesa). ¿Quiere usted saber lo que va a ocurrir? Vendrá su prometido. Llegará a la mesa. Y... nada más... Usted obsérvelo. Obsérvelo. Yo me voy.

Natalia: (Disgustada). ¿Dónde? Pero si no hemos resuelto aún nada... Además, ¿qué tiene que ver Glinkin en todo esto?

Stogov: (Bruscamente). Usted obsérvelo. Yo no puedo decir más. Adiós. (Sale).

Natalia, al verlo desaparecer, siente impulsos de llamarlo y corre; pero se detiene en seguida, irritada, haciendo un ademán desdeñoso. Luego se rehace, queda perpleja unos instantes, escruta la estancia y, atraída por la moneda, la toma de la mesa, examinándola entre cabeceos y suspiros. Al fin, acometida de escrúpulos, arroja la moneda en la mesa y escapa victoriosa de la tentación.

Yacoliev: (Tras unos instantes asoma a la relojería un rostro ebrio, sarcástico y guiñador. Limpiándose con el revés de la mano el último trago, prorrumpe en una risilla ahogada, que lo va achicando, achicando, hasta que se queda en cuclillas, ríe que ríe). ¡Je, je, je, je!... La palomita picotea el fango... Huye, pero se deja aquí los arrullos... ¡Je, je, je, je!... (Avanza de puntillas, intentando reprimir el hipo alcohólico, temeroso de que al oírlo acudan. Llega a la mesa, coloca la moneda en la palma de la mano, y le hace guiños, como a una mujer fácil). Tú y yo, ¿eh? Nos entendemos. ¿Qué me importa que seas buena o falsa? ¿Y qué te importa a ti que yo sea honrado o criminal? Tú callas, y yo... punto en boca. ¿Entendidos? Pues entendidos. (Arrecia el hipo y se amedrenta escuchándolo. Súbitamente le acomete una gran pavor; arroja la moneda y huye, a grandes zancadas, de puntillas. Cuando llega a la puerta de la tienda, viendo que no hay nadie, se rehace). ¡Diablo! ¡Qué miedo tan heroico! Creí que venían. La paloma se fue, pero ahora vendrá el palomo. ¡Chist!... ¡Chist!... Para la blancura está el fango. (Torna a reír hasta desternillarse).

Telón

Acto tercero

La misma estancia, una hora después. Polina sale de su cuarto y apaga la luz de la lámpara. La luna entra por la ventana, alumbrando la escena, excepto en la parte superior de la escalera, que recibe luz por la puerta entreabierta del cuarto de Natalia.

Polina: (Va hacia la tienda y se detiene), ¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Claudia?

Natalia: (Sale de la tienda, envolviéndose de un chal). Soy yo.

Polina: ¿Por qué estabas en lo oscuro?

Natalia: Miraba la calle; hay una luna que parece de día. (Pone las manos en el hombro de Polina. Se le cae el chal). Oye... Ese Stogov, en el fondo, ¿qué es?

Polina: (Suspirando). Antes era persona decente. Pero ahora es un canalla.

Natalia: ¿Un canalla?

Polina: Ya lo estás viendo tú misma. No es que yo le acuse. Es que todos son igual.

Natalia: ¿Es un canalla porque ya no te quiere?

Polina: ¡Que ya no me quiere! ¿Entonces, a qué me busca? ¿Por qué ha venido aquí sino por mí?

Se miran en silencio. Polina aprieta la mano que Natalia tiene aún en su hombro y hace ademán como de abrazarla, pero se separa. Sin mirarse, van juntos a la ventana.

Natalia: ¿Mañana es domingo?

Polina: Sí. ¿Por qué?

Natalia: Por nada. Los días corren como perros rabiosos. (Permanecen en pie junto a la ventana).

Claudia: (Mira cautelosamente desde la puerta de su cuarto, Trae bajo el brazo un bulto de ropa, y en la mano un maletín. Se esconde. Luego sale sin nada). ¿Qué estáis contemplando?

Natalia: La luna.

Claudia: Yo me voy a dormir a casa de Dunia. Está sola. Su tía se ha marchado al campo. (Silencio). ¿Y mi amado esposo, no ha venido? ¿No lo habéis visto?

Natalia: No.

Claudia: Eso quiere decir que está en el bar. Me voy. Adiós. (Va a su cuarto).

Polina: Y yo también. Me voy a la cama.

Natalia: Que descanses. (La sigue con la mirada ceñuda. Va a la tienda, se envuelve en el chal y desaparece).

Dunia: (Entra de la cocina, llama sigilosamente al cuarto de Claudia, que sale al umbral, y cuchichean ambas). Échame la ropa por la ventana, que yo se la echaré a él por la tapia.

Claudia: ¿Pero él está esperando?

Dunia: Claro que está esperando. Aligera tú. (Toma el bulto que le da Claudia y sale, Natalia las observa desde la tienda).

Kemskoi: (Desciende la escalera en traje de dormir, con un gorro de seda negra). ¡Natalia!... ¡Glinkin! No hay nadie. Cuando más falta hacen, nadie. ¡Qué oscuridad! ¿Estamos por las economías? (Va a la ventana y grita). ¡Natalia!... (Se dirige a la cocina).

Baroba: (Sale de la cocina). ¿Estás desvelado, verdad? ¡Ah, la vejez! ¡Dichosa vejez!

Kemskoi: ¿Pero no hay nadie aquí?

Baroba: Están todos en el jardín. Anda, que iré contigo. Tengo que decirte una cosa. Las malas lenguas se desatan contra mí. Y yo... (Salen).

Claudia sale de su cuarto con la ropa, pero retrocede precipitadamente viendo que entran Yefimov y Glinkin, ambos bebidos.

Glinkin: Ese vejete del demonio no nos ha visto. ¡Uf, qué vida! ¡Por veinticinco rubios al mes, trabajando doce horas al día!... ¡Qué asco!

Yefimov: (Sombrío). Todos vivimos mal... Y hay quien, encima de ello, tiene otras preocupaciones. (Pausa). Bien dice el refrán: "¿Cuál es el mayor dolor? El amor".

Glinkin: ¡El amor! El amor es un negocio. (Se sienta a la mesa, levanta el centro de china hacia la luz y lo vuelve a dejar en su sitio. Sonríe. Saca del bolsillo una lente y se la pone en el ojo como un monóculo). ¡Es extraordinario!

Yefimov: Nada de extraordinario. Todos sueñan. Pero casi ninguno sabe lo que necesita. Los hombres quieren ser mandados: -Esto se puede hacer. -Esto no se puede hacer. -¡Ah, si yo fuese!... (Mirando el reloj). ¿Dónde diablos se habrá metido Lusghin? Debía estar aquí ya. Oye, Glinkin, si yo comprase esta casa (silbando), ¡al infierno los inquilinos! Kemsloi el primero. Como lo oyes. Yo sé, ciertas cosas... Pero me guardo bien de decirlas...

Glinkin: No las digas. No es necesario. (Tararea). "Nuestra vida esta llena de milagros increíbles".

Yefimov: Ya no se usa el monóculo.

Glinkin: ¿Qué dices?

Yefimov: Digo que ya no se usa el monóculo.

Glinkin: De estas cosas no sabes una palabra.

Yefimov: Pues no se usa. Además, que eso no es un monóculo: es el cristal de un reloj de señora.

Glinkin: Eres un imbécil.

Yefimov: (Levantándose). No tanto. No tan imbécil como te figuras. (Va a su cuarto). ¡Claudia!

Glinkin: (Toma de la mesa la moneda de oro). ¡Encanto! ¡Gloria!

Natalia: (Acercándosele por detrás). ¡Déjala donde estaba!

Glinkin: (Asustado, sobresaltándose, se quita el lente. Después, riendo, abraza a Natalia, estrechándole la cintura). ¡Natalia! ¿Eres tú quien hace esto? ¿Sí? Muy bien. Pero que muy bien. Deja que te dé un beso.

Natalia: (Rechazándolo). Pon esa moneda en su sitio.

Glinkin: ¿Por qué? (Se encoleriza). Tú estás acostumbrada a hacer tus caprichos, alma mía. Pero ¿sabes que puedo hartarme?

Natalia: ¡Vete!

Glinkin: Pero, oye, ¿qué quieres decir?

Natalia: Que te vayas, idiota.

Glinkin: (Amedrentado). Pero, bueno, ¿qué es esto? Tú la pones aquí y luego la pagas conmigo. Además, ¿qué tiene de particular que yo...? Y sobre todo, para que lo sepas, no estoy dispuesto a consentir... Mi dignidad...

Natalia: (Separándose de él). Eres un verdadero guiñapo.

Glinkin: (Yendo hacia ella). Tú olvidas quién eres y quién soy.

Natalia: Márchate, márchate, o te escupo a la cara. (Corre escaleras arriba).

Glinkin: (Perplejo). Pero, bueno; pero ¿estás loca? ¿Qué significa todo esto?

Kemsloi: (Seguido de Baroba, gesticulando, con grandes muestras de disgusto). ¡Basta! He dicho que te pagaré, y basta. No hay que hablar más ni de eso ni de nada, ¿oyes?

Baroba: Vaya si hay. Tienes que pagarme además las dos letras de ochenta rublos. Y tienes que enterarte de lo que sucede en tu casa. Créeme. Aquí la única persona que no te engaña soy yo. Yo, que sigo siendo la misma. Tu Baroba de siempre.

Kemsloi: (Alarmado, mira en torno). Pero ¡cómo eres! Delante de tanta gente...

Baroba: ¡Ah, bien! Me callo. Punto en boca. Pero ese corazoncito late aún. Y yo estoy en el mundo para algo.

Kemsloi: Bueno, ¿pero quieres callar? Es preciso que te calles.

Baroba: Precisamente; lo que es preciso no se evita. No se puede engañar ni a Dios ni a la verdad. Se puede engañar a todo el mundo, a todos los hombres, menos a la verdad. Prueba a engañar a la verdad, y verás.

Kemsloi: (Detiene a Glinkin, que intenta subir la escalera). ¿Qué hacías ahí? ¿Escuchar lo que no te importa?

Glinkin: (Sacando unos papeles de la cartera). Traía la firma del juzgado. Dos providencias en la causa de Antón Kraief.

Kemsloi: ¿Hay que firmar? Dame la estilográfica. (Se sienta en la mesa. Glinkin le da la estilográfica, y Kemsloi firma). Mañana se los llevas al procurador. Claro que hay algunos errores Pero, en fin. Búscame a Natalia.

Baroba entra en el cuarto de Yefimov.

Glinkin: Natalia está arriba, en su cuarto.

Kemsloi: Llámala.

Glinkin: Hemos tenido una cuestión. Y precisamente quería decirle a usted...

Kemsloi: Si, si... Cuando uno es educado no tiene cuestiones con señoritas como Natalia. No se puede ser un grosero, amigo mío.

Kemsloi: (Viendo a Polina, que sale de su cuarto, vestida de blanco). Pero ¿cómo? ¿Es

usted, Polina? ¿Adónde va?

Polina: A hacer una visita.

Kemskoi: ¿A estas horas una visita? ¡Hum!... Me parece que está usted dando un ejemplo... poco... poco ejemplar. Sobre todo para Natalia. Todos estos inquilinos... Ese, afeitado, que se dice inventor... Ese otro, de la herencia fantástica...

Polina: Bueno, pues yo me voy. Adiós.

Yacoliev: (A la puerta de la cocina). ¿Adónde vas?

Polina: A casa de una amiga.

Yacoliev: (Avanzando). ¿Qué amiga, si tú no tienes amigas?

Polina: Sí. Tengo una.

Yacoliev: Mientes... Y te has puesto de gran gala. Tú... (La aferra por los hombros. Ella lo rechaza).

Kemskoi: (Interponiéndose). Oye, oye, Yacoliev... Quieto... No son modos de tratar a una mujer. La culpa es tuya; tú eres viejo y ella joven. Además, tú admites aquí a ciertos inquilinos galantes... Y debieras pensar en que Natalia es una señorita.

Yacoliev: Permítame.

Kemskoi: No, escúchame, que ahora hablo yo. Mi propósito es que viviéramos todos en paz, tranquilos, como en familia. La casa es mía. Yo soy viejo y necesito de reposo. Tú debías tener todo en cuenta. Y no lo tienes. Además, Natalia...

Yacoliev: ¿Quién es Natalia?

Kemskoi: ¿Cómo? Pero ¿qué quieres decir?

Yacoliev: ¡Es mi hija! ¡Mi hija!

Kemskoi: ¿Y qué?

Yacoliev: Nada más que esto: que es mi hija. ¡Mía! ¡Mía!...

Kemskoi: Me parece que tú has bebido más de lo corriente.

Yacoliev: ¿Bebido? Veneno es lo que he bebido.

Kemskoi: Oye, oye... ¿Qué quieren decir esas palabras? Tú no eres un mal hombre; yo, tampoco. Y, sin embargo, las cosas no marchan.

Yacoliev: ¿Qué cosas son las que no marchan?

Kemskoi: Tú no logras que la familia viva satisfecha. Todos se me quejan de ti...

Yacoliev: ¿Y si yo, señor mío, los enviase al diablo a todos? ¿Qué diría usted?

Kemskoi: (Se yergue furibundo, pero al verlo tan miserable y sucio, exclama). Eres un cerdo, compadre.

Yacoliev: (Trémulo de ira). ¿Un cerdo y soy compadre tuyo? ¿Cómo es posible? (Ríe).

Kemskoi: (Dejándose caer en la silla). Eres... ¡Ya no sé lo que eres!...

Natalia: (A Yacoliev). Basta ya. No tiene usted derecho a insolentarse con mi padre.

Yacoliev: (Dando un salto atrás). ¿Con quién? ¡Ah, es que tú!

Natalia: Demasiado lo sabe usted que él es mi padre.

Kemskoi: (Se alza, gritando), ¡Natalia! Pero ¿por qué lo has dicho? ¡Dios mío! Soy yo quien debía decirlo. Esperaba el día de tu cumpleaños. Un momento digno y solemne. No un instante como éste, entre escándalos y gentuza.

Yacoliev: (Con desprecio). ¡Viejo idiota!

Natalia: (A Yacoliev). He dicho que no le insulte usted.

Kemskoi: ¿Lo oyes, Natalia? ¿Oyes lo que ha dicho?

Yacoliev, junto a la alacena, ríe con risa convulsiva que suena a llanto, en su característica postura en cucullas. Polina se le acerca silenciosamente. Baroba, Yefimov y Claudia miran desde la salida, Glinkin se pasa la mano por los cabellos, como quien se dispone a realizar un acto heroico.

Natalia: (Acariciando a Kemskoi). Vamos, papá.

Kemskoi: ¡Veinte años esperando, esperando la revelación del secreto, y tú, en un instante, lo publicas!

Natalia: Pero, papá. Si no es secreto. Si todo el mundo lo sabía que soy tu hija...

Yacoliev: (Gritando). Todo el mundo. sí... Y yo también. Yo también lo sabía. ¡Je, je, je! (Su inesperado y recio gritar impresiona a todos. Silencio).

Baroba: (Cuchichea, pero en forma que la oyen). ¡Qué lástima, Dios mío! ¡Qué lástima!

Natalia: (A Baroba). Y tú, vete. Que yo no vuelva a verte más aquí.

Baroba: Pero ¿por qué?

Yacoliev: Permítame. ¿Y yo, qué soy aquí, en esta casa?

Natalia: (A Baroba). ¡Largo!

Baroba: Está bien. Ya me voy. (A Kemskoi). Quedamos en que me pagará usted las letras. Y usted, Natalia, que disfrute con salud el nuevo apellido... Y que os sienten bien mis patos, que los pagué de mi bolsillo, para que lo sepas...

Natalia: ¡Bruja!

Baroba: Y tú, Polina, ten cuidado... Te devorarán como han devorado a mis patos. ¡Pobrecillos! (Sale riéndose).

Polina: (Tocando en el hombro a Yacoliev). Escúchame.

Yacoliev: (Dando un salto atrás). Vete tú también, víbora. Idos todos... Afuera todos... Quiero estar solo.

Polina: Adiós todos. (Se dispone a marchar).

Yacoliev: ¿Adónde vas?

Polina: (Se detiene y lo mira). ¿Qué?

Yacoliev: ¿Vas con tu amante? Vete, quítate de mi vista.

Polina se sitúa junto a la ventana. Los demás salen. Glinkin desaparece en el cuarto de Yefimov. Luego sale riendo en silencio, pero groseramente.

Yacoliev: (A Polina, mirándola asombrado y escudándose tras la mesa). ¿Qué significa esto ahora?

Polina: (Con amargura irónica). Salvador mío... Porque tú eres mi salvador, ¿verdad?

Yacoliev: (Receloso, murmura). Bien, ¿y qué? ¿Qué quieres decir con ello?

Polina: Tú me salvaste de la ruina,

Yacoliev: Te salvé, sí... ¿Qué hubiera sido de ti sin mi ayuda? Serías a estas horas una trotacalles, un pingajo...

Polina: Cierto, cierto, Tuviste compasión de mí, me recogiste, me amparaste. Yo era eso... un pingajo... Y por ti he sido una mujer, con su marido, con su hogar...

Yacoliev: (No advierte la ironía y está propicio a conmoverse). Yo fui a ti con el corazón en la mano, y ahora tú...

Polina: (Con mucha calma y feroz energía). Miserable... ¿Quieres saber toda la verdad, toda mi verdad? Pues es ésta: ¡miserable, miserable! (Sale).

Yacoliev: (Estupefacto, la sigue con la mirada, sofocado por el espanto y la cólera. Va a la alacena, se vierte de la botella un vaso de aguardiente y bebe. Después, otro vaso y lo apura. Entorna los ojos y comienza a darle vueltas entre los dedos a un botón de la chaqueta. Se sienta. Bisbisea). No tengo necesidad de ninguno. Dios me ha librado de todos vosotros, gentuza... (Hace una mueca, se extrae con el dedo las lágrimas y las mira al través, y luego enjuga el dedo en la rodilla). No tengo necesidad de ninguno. El Señor no ha querido considerarme como una de sus criaturas... No, no... (Alza el dedo bañado en lágrimas, lo contempla y se lo enjuga en los cabellos. Se dirige a la ventana y grita). ¡Polina!... ¡Polina! (Al advertir el tiesto con flores, lo empuja a la calle). ¡Al diablo las flores! ¡Al diablo todo! (Va a la alacena, bebe aún y luego se retira a un rincón).

Claudia sale de su habitación, seguida de Glinkin, muy agitada y conteniéndose a duras penas.

Glinkin: (Preocupado). Sin embargo, ¿me quieres explicar...?

Claudia: (Impaciente). Pero ¿no entiendes? Natalia no es mujer para ti. Es orgullosa, caprichosa; no piensa más que en lujos... Además, ¿qué dote le da Kemscoi? ¿Esta casa? Pero si esta casa vale menos que un trineo.

Glinkin: Eso es verdad. Entonces, crees que Dunia... Sí, lo de Dunia es una idea.

Claudia: No es un idea; es un negocio. Dunia es rica y te aceptará encantada, créeme. (Se pone a escuchar junto a la puerta de su cuarto). Esa gente no habla más que de la herencia. Lusghin es un hombre misterioso, astuto... (Se retuerce las manos de impaciencia y mira el reloj).

Glinkin: Sé de sobra por qué tienes tanto interés en que yo me case con Dunia... Porque Ivanov te galantea y has tenido una gresca con él...

Claudia: (Con desprecio). Estás enterado... Como si no se pudiese tener grescas con un hombre casado... Al contrario, es más interesante.

Glinkin: (Recomponiéndose ante el espejo). Yo me casaré; pero Ivanov intentará engañarme con Dunia.

Claudia: El a ti y tú a él... ¿Qué importa quién y qué produce el engaño?... Lo mismo da Ivanov que otro...

Glinkin: Claro, tú qué vas a decir... Procuras disculpar el engaño, por lo que pueda suceder.

Claudia: (Saca dinero del bolsillo y lo cuenta). Desde luego, no soy ninguna monja. Sólo las monjas viven sin amor, y aun así... sabemos de muchas de ellas... (Entorna los ojos, pensativa). ¡Qué película tan hermosa la de esta tarde! Conmovedora hasta llorar. ¡Qué expresión tan extra ordinaria tenía el protagonista al saber la traición de su mujer! ¡Qué

tristeza tan terrible en los ojos! Y cómo le temblaban los labios... ¡Ah! (Suspira hondamente; permanece abstraída, con las manos cruzadas detrás del cuello, sonriendo como a un ideal invisible). Se necesita mucho ingenio para dar a la gente, sin palabras, la sensación de que se sufre.

Glinkin: (Irritado), ¿Ingenio? ¿Hay nada más vulgar que sufrir?

Claudia: (Con exaltación). Ah, no. Perdona. Un artista sin talento, por mucho que sufra, no logra conmover, al público. Todo esto es obra del cine. Antes que hubiera cine el verdadero arte no existía. Pero las mujeres de esta casa, ¿dónde están? Los viejos han cargado con todas.

Glinkin: Las mujeres deben residir en casa. Son animales domésticos.

Claudia: (Con desprecio), ¡Qué ingenioso! (Se aproxima a la puerta y escucha).

Natalia: (Desciende un tramo de la escalera). Claudia, trae en seguida hielo de la cocina. (Desaparece).

Claudia: Vaya. ¿Otra novedad? ¿Qué habrá ocurrido? (Va a la cocina).

Glinkin va a la mesa, sube la luz, mira ceñudo, tantea con las manos la pantalla.

Yefimov entra radiante, medio ebrio, conduciendo de la mano a Lusghin, que aprieta contra el pecho una abultada cartera, sonrío y camina a pequeños brincos.

Yefimov: (Extasiado). Lo he convencido. Declarará inmediatamente quiénes son los herederos. Lo dirá todo.

Lusghin: (Excitado). Lo diré todo, todo...

Glinkin: (Escéptico). Me parece que a los dos os falta un tornillo. (Indica la cabeza).

Yefimov: A ti sí que te falta.

Lusghin: ¿Dónde está?

Glinkin: ¿Quién?

Lusghin ríe, guiñando amigablemente.

Glinkin: (Alarmado). ¿Natalia? ¿Sí? ¿Es ella? Oiga usted...

Claudia: (Entrando con un plato en la mano). No mover tanto ruido; creo que el juez se siente mal.

Yefimov: (Curioso), Pero ¿grave? ¿Para morir?

Glinkin: (Se agita, excitadísimo). Llama a Natalia. Probablemente la heredera es ella.

Yefimov: No se sabe. (Restregándose las manos). ¡Cualquiera sabe!...

Claudia: (Mira con gran curiosidad a Lusghin, el cual, sentado a la mesa, saca de la cartera folletos de inserciones, carteles, reclamos, etc., y murmura palabras entre dientes). Pero ¿qué hace este hombre? (Corre arriba).

Stogov viene de la cocina, se sitúa junto a la ventana, al lado de la alacena, y observa con aire grave a Lusghin.

Glinkin: (A Lusghin). ¿Para qué sirve todo eso?

Lusghin: A mí, de nada. Yo no necesito.

Glinkin: ¿Son inserciones de reclamos?

Yefimov: (Separándolo). No lo perturbes.

Claudia descende la escalera aprisa, y tras ella Natalia, despacio. Stogov se adelanta y la conduce a la ventana.

Stogov: (A Natalia). Hay que tener cuidado con ese. (Por Lusghin). O es un loco o es un farsante.

Natalia: (Disgustada). Eso vamos a verlo en seguida. (A Lusghin). ¿Qué, encontró usted ya los herederos?

Lusghin: (Sobresaltado). Sí, sí... Los encontré. (Rebusca nervioso en los bolsillos).

Natalia: Bueno, ¿y quiénes son?

Lusghin: (Masticando). Usted... Todos... En seguida.

Yefimov: ¿Qué es eso de todos?

Lusghin: (Ha encontrado, al fin, en los bolsillos la moneda de oro, y la muestra en alto, gritando). ¡Aquí está la herencia! ¿La ven ustedes? Aquí está.

Glinkin: (Se alza en la punta de los pies, mira la moneda, mira después a todos, asustado). Pero ¿qué significa esto? Esa moneda me la ha ganado a mí en el juego. A no ser que se trate de otra.

Stogov: (A Natalia). ¿Por fin, usted?

Natalia: (Volviendo la espalda a Stogov). No comprendo.

Stogov: (Por Lusghin). Este hombre... Este hombre...

Lusghin: (Sonríe estúpidamente, mira la palma de su mano y murmura). Esto basta para todos... ¡Para todos! (Aprieta el puño, lo agita y chilla). Se puede matar al propio hijo... como Abraham a Isaac... Se puede vender a Cristo por unas monedas de plata, y ésta es de oro... O-o... (A Natalia). Véala. A ti primero. Tómala. (Canturrea). E sarai regina del mundo. (Natalia retrocede unos pasos, alejándose). ¡Para ti, para tu propio hijo!...

Stogov: (Acercándose a Lusghin). A ver. Déjeme que la mire.

Lusghin: No. A ti, no.

Stogov: (Le abre el puño con facilidad, mira la moneda y luego, sonriendo, le dice a Natalia). Es falsa. Positivamente está loco.

Lusghin: (Dándole puñetazos en el hombro). Dámela. No estoy loco. Dámela.

Stogov: (Devolviéndole la moneda). Oiga,... ¿No se encuentra usted bien?

Lusghin: Tú estás loco... Todos estáis locos.

Stogov: ¿De modo que ésta es toda la herencia? ¿Y no hay otra?

Lusghin: Para ti, no... Vete... ¡Echarlo de aquí!

Yacoliev: (Entra con la chaqueta y la camisa arrugadas, los cabellos revueltos, con un hipo de borrachera). Pero ¿queréis callar?... ¿No podré estar tranquilo en mi casa? ¡Afuera todos!

Natalia: (A Lusghin). Escúcheme. Usted necesita...

Lusghin: Yo no necesito nada. Todo es de usted. ¿Y el hijo? ¿Dónde tiene al hijo? ¿Y la conciencia? ¿Dónde tiene la conciencia? (Hace ademán de lanzarse contra Natalia, y Stogov lo aferra).

Yacoliev: (Hipando.). ¡Afuera todos!

Lusghin: (Lucha con Stogov, se desase de él, corre, se mira en el espejo, se detiene y chilla al ver su propia imagen). Ahí está... Prenderlo... Atadlo bien... Me persigue toda la vida... Prenderlo. .

Stogov: (Lo aferra de nuevo, echándolo sobre el diván). Un médico... Traigan toallas, servilletas... Hay que atarlo.

Natalia corre a la alacena y comienza a echar fuera servilletas y toallas, que Claudia recoge y entrega a Stogov. Yefimov explica en voz baja a Yacoliev lo sucedido antes.

Glinkin intenta ayudar a Stogov a atar a Lusghin, pero éste se ha calmado ya.

Yacoliev: (Se acerca al sofá y mira sin comprender). Pero ¿quién manda aquí? ¿El diablo? Y yo, ¿no soy nadie en mi casa?

Ivanov: (Entra excitadísimo y se encamina con paso militar a Yacoliev). Escuche... Vengo a decirle a usted... (Mira el rostro sin expresión del alcohólico y hace una seña con la mano).

Yacoliev: (Riendo). Aguarda... Antes quiero ver quién gana el pleito...

Natalia: (Corriendo hacia Ivanov). ¿Sucede algo? ¿Acaso es que Polina...? Hable pronto.

Ivanov: (Abriendo los brazos). Se ha arrojado al paso del tren.

Natalia: ¡No!

Stogov: ¿Muerta?

Claudia solloza. Glinkin, sentado en el diván a los pies de Lusghin, permanece alhelado, con la boca abierta.

Yacoliev: (A Ivanov, indicándole a Stogov). Préndalo... bajo mi responsabilidad.

Stogov se dirige a la cocina.

Natalia: (Sujetándolo de un brazo). ¿Adónde va usted? (Stogov se detiene, encogiéndose de hombros).

Lusghin: (Se incorpora, se sienta, contempla sus manos ligadas, mira a los demás y grita). ¿Han preso a ese canalla? ¿A mi implacable enemigo? ¿Por qué me habéis atado a mí y no a él?

Ivanov: (A Natalia). Pero ¿está loco o se hace el toco?

Natalia desliga las manos de Lusghin. Junto, a ella, Stogov observa atentamente al loco.

Lusghin: (Agitando los brazos, los estira). Ah... Por fin... (Busca en los bolsillos, saca una moneda de cobre y la ofrece a Natalia). Se lo ruego. Aquí está todo...

Glinkin: (A Yefimov). Parece una moneda de cobre.

Lusghin: Todo el mundo, sí... El mundo entero... Estrellas, medallas, mares, buques. Todo el comercio. Toda la industria. Toda la riqueza. (Canturrea). "E sarai regina del mondo".

Natalia: (Mira a Stogov con aire interrogante). ¿Oye usted? Stogov: (incrédulo, sarcástico). Usted, Lusghin, ha enloquecido con demasiada inteligencia. No sabe fingir.

Lusghin: (Lo contempla y calla un instante. Todos callan, esperando. Lusghin rechaza ligeramente a Stogov). No, no eres tú... No es él... Vete. (Alarga nuevamente la moneda a Natalia). Tómela... Aquí está todo. (Aprieta la moneda en el puño, levanta el brazo). El mundo entero... Todo huevo de pez quiere ser pez. Y no un pez cualquiera, sino lubina. ¿No es así? (Quiere otra vez golpear a Natalia, impidiéndolo Stogov, que lo aferra. Se calma de pronto y ríe bajo. Todos callan, y en el silencio, con orgullo, suena la voz de Yefimov).

Yefimov: Es posible que haya sido yo, con mis bromas, quien lo ha hecho enloquecer.

Lusghin: (Indicando el espejo). Parece un hombre. Ha arruinado toda mi vida... (Alzando la voz). Ha maltratado a mi hijo... a mi mujer... Fingía conocer las leyes inmutables. Ha engañado a la misma verdad... a toda la verdad...

Yacoliev: (Hipando en su borrachera). Peor es engañarse a sí mismo. Ese es el irremediable suplicio humano. Tener una conciencia que no es propia, sino de los demás... Que no es auténtica, sino falsa. Y que circula, sin embargo.

Telón